



Atracción INESPERADA

Una novela romántica
cargada de emociones

Teresa Castillo Mendoza

Atracción Inesperada

Teresa Castillo Mendoza

Tabla de Contenidos

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[Recibe Una Novela Romántica Gratis](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPITULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPITULO 14](#)

[CAPITULO 15](#)

[CAPITULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPITULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[Recibe Una Novela Romántica Gratis](#)

[Otros Libros Recomendados de Nuestra Producción:](#)

CAPÍTULO 1

CANDACE

—¿Llegó el nuevo jefe? —pregunto jadeando. Me siento cansada. Tengo los zapatos de tacón negro en la mano, me recuesto sobre el hombro de Stephanie para tomar aire y recuperar mi equilibrio.

—¡Sí! —dijo mientras movía la cabeza. Todas las mujeres no paran de cuchichear.

Hay mucho ruido en la oficina. Todos se aglomeran frente a la puerta del presidente de la compañía. Incluso las modelos que son las que menos tienen que perder se concentran en un pequeño grupo resaltando sus cuerpos delgados y altos, esperando a que alguien diga una palabra.

Se puede sentir la marea de nervios que recorre constantemente como formando un flujo de aire en la habitación. Todos tememos que pueda pasar algo peor. La Casa de Modas ha cambiado de directivo y se hay rumores que despedirán a un montón de personas innecesaria para la nómina.

—¿Qué pasa? ¿Por qué están tan nerviosos? —pregunto aún descalza. Mi amiga me aprieta las manos por algo de apoyo moral.

—Dorothy se ha ido —lamenta enteramente y siento que mi corazón se quiebra en dos.

—¿Cómo que Dothy? No, ella, mi querida Dothy, no pueden despedirla de esa manera tan ruin luego de trabajar por 20 años y dar una gran parte de su vida.

Mi sangre hierve. Me suelto de las manos de Stephanie y miro con odio aquella puerta de cristal polarizado que permanece cerrada y no tiene la intención de abrirse por mucho rato.

—¿Cómo pudieron despedir a Dothy? —frunzo mis labios. Todos lo

lamentan. Ni siquiera dio tiempo de despedirla de la manera correcta.

—Ya estaba vieja la pobre. Esas cosas pasan — lo dice Peter que se encoge de hombros. De todos él es el que parece menos afectado por la noticia.

Se acerca a nosotras y toma asiento en el escritorio de mi amiga y cruza los brazos en una pose pensativa para llamar la atención de las perfectas modelos que están cerca de nosotras.

—Eso no es una silla —le regañó.

—Vamos, Candy, no hay por qué molestarse. Después de todo te conviene que Dothy se vaya, tú eres la siguiente que puede tomar el puesto de secretaria de presidente. ¿Me equivoco? — lo dice con voz fuerte lo que hace que ahora sea el centro de las miradas llenas de reproches.

—¡Jesús! Cierra la boca. Vas hacer que todos piensen que me alegra —le dio mientras lo agrarro por el cuello de la camisa. No hagas que me olvide que estoy en la oficina y que eres mi hermano.

Pero es en vano mi amenaza porque sólo ríe divirtiéndose de haber podido sembrar cizaña en la oficina.

—Está bien, Candy —me dice entornado los ojos.

—Y si me dices una vez más Candy te patearé el trasero —lo digo muy alto. Todos parecen escuchar mi tono agresivo y de nuevo siguen rumoreando sobre mí.

—Baja la voz, Candace. No hagas que también te echen de aquí, luego vas a tener que depender de este bueno para nada —me dice Stephanie.

Ella es el tipo de chica incondicional que me apoya siempre. Gracias a ella fue que conseguimos trabajos en una de las casas de moda más importante del todo el país hace un par de años, justo cuando perdimos toda la fortuna por culpa de mi padre apostador.

—¿Bueno para nada? Yo gano más que ustedes dos. No te olvides quién es el fotógrafo estrella aquí.

—Fue sólo suerte y puede que de pronto tú no tengas más esa suerte ¿Qué pasa si él decide que te falta experiencia y te cambien por alguien con prestigio y renombre? —le digo yo.

—Eso no pasará, cariño. Yo soy irremplazable —lo dice tocando con su dedo índice la punta de mi nariz. Siempre lo hace; esa es su manera de tratar de tranquilizarme antes de que me den ganas de ahorcarlo.

La puerta se abre. Todos tratan de dispersarse y disimular que no están desesperados y asustados. Sale un señor bajo y regordete que tiene poco pelo. El Señor Wilson molesto entrecierra sus ojos, cuando nos ves sin hacer nada, pero se contiene en decir algo porque está con un hombre alto y fornido que parece más modelo que ejecutivo.

—Bueno, veo que no han podido esperar. Ya que todos están aquí acérquense.

Todos obedecemos y hacemos un círculo a su alrededor.

—Mierda —jadea mi amiga. Todas las mujeres de la oficina parecen embelesada con el guapo y alto hombre de traje azul marino de ojos arrogantes y sexy barba.

—Shuu —le digo. Quiero escuchar qué van a decir. A mí ese rostro hermoso y varonil no me convence nada. Quiero saber qué es lo que va a pasar en el trabajo. ¿Nos despedirán? ¿Cambiarán los cargos? Me siento extraña, como la sensación de estar en un primer día de clases, sola y siendo la niña nueva y perdida.

—El Señor Tyler Miller es el nuevo presidente de Casa Soleil. Para los que no lo sepan es el nieto de la Madame y estará con nosotros por tiempo indeterminado, así que espero que por favor sepan comportarse y brindarle toda la ayuda posible para que se ponga al día rápidamente.

Una lluvia de aplausos no se hace esperar. Muchas sonrisas falsas y saludos de falso entusiasmo van dirigidos para el nuevo jefe de todos. A nadie le importa que Dothy..

—Cálmate, que no se te note la rabia —susurra mi hermano cerca de mi oído y sólo se gana un gran codazo de mi parte.

—Cierra la boca —le ordeno de nuevo.

—¡Oh! señorita Green, me alegro que esté aquí. Le notifico que ahora usted será la nueva secretaria de presidencia —me dice el viejo señor Wilson mientras sonrío y sus cómicas cejas moteadas de pelillos blancos parecen subir por toda la frente.

—¿Qué paso con Dothy?—alzo mi voz. Todos quedan en silencio. Ellos desean también saber la verdad y más aún el desenlace de mi nueva afrenta con los jefes.

Stephanie y mi hermano retroceden automáticamente. Ninguno de los dos me van apoyar en ello, nadie lo hace. Toda aquella cuerda de traidores sólo desea satisfacer su curiosidad.

—Porque no creo que sea justo que la despidan después de haber trabajado por 20 años en los cuales siempre hizo un gran trabajo. Esa mujer no merecía ser echada y todo porque a usted no le gusta trabajar con personas mayores. Dígame, ¿donde están los derechos de esa pobre mujer? ¿Acaso no importa todo lo que dio? Las muchas veces que salió tarde y que vino a trabajar enferma sólo porque el Señor Thomas no la dejó faltar jamás —le digo a mi nuevo jefe apuntándolo con la punta de mi tacón.

El señor Miller se queda observándome con un silencio frío por varios segundos hasta que sus labios delgados se estiran dibujando una sonrisa arrogante y burlona.

—Michael Thomas es el único que fue despedido por órdenes mías —dice con una voz gruesa y agradable. Su altura me intimida un poco. Se acerca hacia mí y me toma el zapato. Los dos lo hacemos por un instante. Nadie se atreve ni a respirar por miedo de perderse el show que está comenzando

—A Dothy sólo le ha llegado su tiempo. Ella ahora disfruta de su jubilación con su familia. Señorita...—intenta recordar mi apellido.

—Green, cierre la boca si no quiere ser la verdadera y única despedida aquí —masculla Wilson con el cuello torcido.

Trago saliva con dificultad. Me sudan las manos, tiemblo y mi nuevo ex jefe y yo seguimos agarrados de mi tacón.

—¡Vamos! Será mejor que nos calmemos todos. Esto puede ser un arma peligrosa, Señorita. Lo mejor será que la baje con cuidado y olvidemos este desagradable encuentro.

—Incluso es benévolo, Señor —Suelta Wilson como un verdadero lame botas. Lo que hace que me de asco y voltee mis ojos groseramente.

—Sólo ha sido un mal entendido, Wilson. Nada importante. Me alegra saber que nuestros trabajadores tienen sentido de pertenencia y compañerismo

en la empresa.

El Señor Miller es un hombre magnético que atrae las miradas de todas. Su presencia se nota a simple vista y provocaba que todos le presten atención aunque tenga sonrisa de imbécil ególatra.

Trato de fingir una sonrisa. Estoy avergonzada. Siempre yo y mi bocota me meten en estos problemas y luego de lo que me había costado conseguir y conservar este empleo.

—Bueno, ahora creo que es hora de trabajar. Así que, por favor, todos vuelvan a sus puestos de trabajo. Y usted, Señorita Green, por favor colóquese sus zapatos y venga a mi oficina ahora mismo —dijo el señor Miller.

Giro hacia mi espalda. Necesito apoyo de Stephanie y Peter pero ellos me han dejado sola.

“Los odio,” muevo mis labios sin hacer sonidos y ambos me lanzan un gesto de “lo siento”.

No importa. Ya el mal está hecho y sólo me toca esperar que mi nuevo jefe no sea uno de esos imbéciles rencorosos que me desean hacer la vida imposible desde el primer día. Me toca entrar a esa oficina, encerrarme y pedirle disculpas y si es posible suplicarle para poder durar en este trabajo que es más que suficiente para ayudar en los gastos de la casa y pagar la colegiatura de Scarlet.

Me coloco los zapatos de tacón negro. Me aseguro de tener el uniforme correctamente y entro a mi propio lugar de tortura.

Aclaro mi garganta. Recuerdo lo que me decía Dothy. Espalda recta y frente en alto. Tengo que estar presentable y verme orgullosa. Le demostraré al señor sonrisa petulante que soy una profesional.

Entro a su oficina. Es enorme y tiene una hermosa vista que te deja sin aliento con el paisaje de toda la ciudad vista desde las alturas. El mar detrás de los edificios es azul y muy relajante.

Aprieto mis dedos unos con los otros. Recuerdo aquella técnica japonesa sobre la relajación. Respiro lentamente y presiono mi pulgar y luego el índice mientras espero que aquella versión seria y diabólica de Adam Levine me diga algo, pero no hace nada, solo me tiene ahí suspendida como una verdadera imbécil sin saber qué hacer, sin poder sentarme o pronunciar

palabra alguna.

—Ah, ya está aquí —se hace el sorprendido y luego me invita a sentarme frente. Me alegro que se aclarara el mal entendido porque no me sentiría cómodo trabajando con una persona que piense que soy un abusivo de poder.

—Yo lo siento...

—No he terminado de hablar. Por favor no me interrumpa, odio que lo hagan y espero que no se repita de nuevo el acontecimiento vergonzoso. Una vez resuelto los problemas le pido a usted eficiencia en todo lo que haga, incluso en su aspecto. Por favor. No deseo de nuevo verla descalza por la oficina, es de mal gusto ¿entiende?

Aprieto mis dientes. Observo los objetos en el escritorio y sólo deseo lanzarle esa pequeña estatua negra de una mujer desnuda sin rostro que lo mira.

Me odia. Pero al menos no es un baboso que me mira las tetas. Me habla mirándome a los ojos.

Con la guardia en alta pero más relajada me siento como una pequeña niña regañada. Odio que alguien lo haga pero he aprendido que en estos trabajos tienes que tragarte las palabras.

CAPÍTULO 2

CANDACE

Las primeras semanas las he trabajado como una verdadera burra. Sin descanso y tratando de poner al día al nuevo presidente de la casa Soleil. Me estoy quedando sin nada de paciencia y con un dolor de cabeza que amenaza con estallar mi cabeza.

En los pocos días que he estado con el señor Miller he aprendido un par de cosas:

1. No darle café solo (eso me costó tener que aguantarle una gran pataleta como si fuera un niño pequeño).
2. Cuando dice que las cosas quieren que sean rápidas, significa que tengo que tele—transportarme en cuestiones de milisegundos de un lugar a otro o saber el futuro y entregarle las cosas con antelación.
3. No le gusta que lo interrumpan.
4. Es el típico imbécil que trae muertas a todas.
5. Yo no le caigo nada bien.

En pocas palabras, mi jefe es uno de esos arrogantes y estúpidos que se creen especiales por tener dinero y un puesto justo antes de los 30 años. Como si eso fuera realmente interesante.

—¿Qué tal todo con el guapo? —me dice mi amiga sonriendo. Ella sabe que me molesta que me pregunte cómo está todo con él porque de verdad lo odio

—Cállate. Ese hombre es un tarado —suelto un suspiro. Mis hombros están realmente tensos. Tengo hambre y unas profundas ganas de dormir.

—no creo que sea una tarado. Me parece un hombre atento y caballeroso.

Esta mañana he ido hacia al ascensor y casi se cierra pero al verme lo detuvo y dejó que entrara. Luego me saludó, incluso recordó mi nombre y me dijo que hacía un buen trabajo, o quizás mis perfectos ojos y gran sonrisa lo han conquistado.

—O quizá sólo observó tus pechos enormes que amenazan con salirse de tu escote. Incluso yo no puedo dejar de mirarlos ahorita.

—Puede que esto me diera una ayudadita. Pero por el resto él se acordó de mí.

Claro que lo haría. Stephanie es el tipo de mujer que nunca se olvida y si no fuera tan bajita y con curvas de más estoy segura de que sería una estupenda modelo. Es una lástima que en Casa Soleil tengan un modelo estándar para todas las mujeres, pues de lo contrario aquella belleza rubia causaría gran sensación.

—Señorita Green. Le dije que quería los contratos de las telas, no que se tomara el tiempo conversando —gruñe él desde la puerta.

—Te lo dije —susurro a mi amiga y voy de un piso a otro por sus estúpidos contratos porque al señor se le ha dado por cambiar de proveedores y experimentar cosas diferentes.

Armándome de infinita paciencia buco lo que pide. Afortunadamente Daniel es el tipo de personas que es rápido. En menos de lo que pienso me entra los papeles que me estaba pidiendo. Voy de regreso a mi oficina. De camino observo a mi hermano el tarado coqueteando con las modelos que sonrían por puro interés.

—Candy —suelta Peter al verme. Deja a su amiga y corre directo a mí como si fuera un pequeñuelo.

—No me digas Candy. Odio los diminutivos.

—Te gustaba cuando eras una niña.

—Cuando tenía 8 años, pero no más. Mi nombre es Candace. Deberías saberlo. Vives conmigo y trabajas conmigo. Nos vemos todo el tiempo y nos llevamos conociendo ¿cuánto? ¿22 años?

—Te estás convirtiendo en una amargada, hermanita. Deberías buscar una forma de quitar toda esa tensión sobre ti —su mano rodea mi hombro mientras

seguimos caminando y antes de llegar a la oficina del vemos al señor Miller con sus ojos azules entrecerrados y estático de la rabia.

—Las relaciones amorosas no dentro de la oficina, por favor.

—Él es sólo mi...

—No me interesa su vida privada, sólo que sea más diligente,

—A eso iba, aquí está...

—No me interrumpa. Sólo dese prisa por favor. Tengo muchas cosas que hacer y faltan pocas semanas para que salga la nueva colección.

Trago lentamente y muerdo mis labios. Si en estos momentos hubiera una forma de matar a mi jefe sin dejar rastro y sin perder el empleo sería realmente gratificante.

El Señor Miller toma el contrato y se va a su oficina mientras yo me quedo parada como imbécil y con mi hermano al lado burlándose.

—Tengo la impresión de que le caes mal a tu jefe.

—Vete al diablo.

—Calma, hermanita. Sólo trata de no ser tan tú cuando estás con él. Eso hace que los demás tengamos que ponernos en guardia.

—¿De qué hablas?

—Relájate, sonrío de vez en cuando y si puede trata de enseñar más tus piernas, quizás así el jefe empiece a mirarte con otros ojos.

—eso es acoso sexual.

—No si es de ambas partes.

—Eres un imbécil asqueroso.

El día pasa lentamente. Apenas son las 7 de la noche y yo estoy encerrada en la oficina esperando que mi jefe termine su cita de negocios para que venga a firmar unos últimos papeles que llegaron de improviso y que luego tengo que escanear y enviar de vuelta.

Al menos tengo un gran consuelo. Observo la la pared de cristal que da hacia la ciudad. De noche parece un montón de estrellas debajo de mis pies que se mantienen inmóviles y parpadeando desde lo más hondo. Sin poder

soportar mis zapatos los dejo a un lado y me siento en la silla del señor Miller.

“Scarlet: ¿ya vienes?”, me

escribe mi hermana de 15 años al teléfono.

“Candace: mi jefe es un imbécil. Tengo que esperarlo”.

“Scarlet: tengo la cena lista. Hice pizza casera”.

“Candace: guárdame un poco, linda”.

Apoyo la cabeza en mi mano. Pienso en Scarlet y lo verdaderamente sola que ha de sentirse en aquella casa plagada de recuerdos y sin nadie con quien hablar. Yo también me siento del mismo modo que ella. Me asfixia estar en un lugar que antiguamente era un hogar feliz hasta que han empezado los grandes problemas de apuesta con papá y luego la enfermedad de nuestra madre. Nuestro pequeño mundo se nos vino encima.

Empiezo a revisar imágenes de todos en Instagram por un largo tiempo y no me doy cuenta de que alguien me observa. Cuando parpadeo un poco es que enfoco quién está a mi lado. El señor Miller ha llegado y se ha quedado un rato en completo silencio.

—Me asustó un poco, señor Miller —le digo mientras me levanto de su asiento e intento no perder la calma. Sé que me va a soltar la grande por usurpar su asiento pero en vez de eso sigue derecho y toma asiento mientras parece distante.

Percibo el olor a alcohol desde cierta distancia. Huele a Whiskey caro e importado. Su traje que casi siempre está en perfecto orden tiene la corbata desabrochada y los primeros botones abiertos. Con esa apariencia desaliñada es alguien diferente y quizás más salvaje; y ahora callado, lo cual es perturbador.

—¿Por qué se quedó hasta tarde? —pregunta con gesto serio mientras mira a la pared.

—Pues... —respiro profundo. Usted me dijo que necesitaba estos papeles, urgente.

—ah, sí. Es verdad. Los papeles urgente —rascó sus barba negra por un instante.

—¿Puede, por favor, servirme algo de whiskey? . —me dice.

Camino descalza y creo que no se da cuenta aunque mis tacones están al lado de su escritorio. Me acerco a la mesita, cojo el vaso de cristal grueso y le sirvo su bebida en completo silencio. Puedo escuchar nuestras respiraciones y quizás también el ritmo de su sangre acelerarse con intensidad.

Me giro. Está viéndome. No sé si el trasero o sólo sea imaginación mía. Le entrego el vaso. Observo aquel rostro atractivo, friolento. Estoy impaciente. Deseo que termine de una vez con esto de los contratos para irme a casa con mi hermana pero él no tiene ganas de darse prisa. Es más, sólo da un trago a su vaso y me mira profundamente. Sus ojos azules parecen ganar un brillo peligroso en la oscuridad. Su pecho se mueve lentamente.

—Linda noche ¿no? ¿Qué día es hoy, señorita Green?

—Viernes.

—Fenomenal. Viernes. Me imagino que usted podrá al fin librarse de mí este par de días. Eso debe ser un completo relax ¿cierto?

Tengo dos opciones, o digo la verdad, o le miento como todos, por eso solo me quedo callada.

—¿Cree que soy mala persona?

—Es un gran jefe —miento por mi propio bien.

El suelta una risa roca mientras deja caer su cuello hacia atrás.

—Buena esa, Candace ¿puedo decirle Candace?

—No creo que eso sea...

—No me interrumpa. Que manía tiene con hacerlo ¿acaso le gusta pelear conmigo?

Inhalo. Exhalo. Sonrió.

— Lo siento.

—Qué más da —sus dedos tocan con un suave ritmo la mesa caoba mientras que su cabeza gira hacia todos lados buscando algo que ver y me encuentra mirándolo de forma extraña.

—Bueno. No voy a seguir haciendo que pierda su tiempo —dice

levantándose.

Saca de su traje un costoso bolígrafo negro con punta dorada y sin leer el contrato estampa su firma rápidamente

—Dejemos a este pequeñín para el lunes ¿Qué le parece? Vaya y diviértase. Descanse un poco en su fin de semana libre sin mí.

—¿Necesita algo más? —pregunto nerviosa y algo asustada por su actitud.

—Sí, recoja sus zapatos.

Pausadamente me dirijo hacia él.

Me inclino un poco, tomo mis zapatos e intento irme rápido pero me sujeta la muñeca firmemente mientras que sus ojos me penetran de frente. Intento hacer un movimiento pero mi cuerpo no reacciona. Yo trato de entender lo que pasa y antes de hacer algo, solo siento sus labios bruscos sobre tomando los míos con suficiente hambre que me deja sin aliento.

Estoy asustada. Me asusta que me guste este beso en vez de odiarlo. Las manos de señor Miller de pronto me rodean y me atraen hacia su cuerpo fornido y rígido que se restriega contra el mío. Toma mi trasero, lo amasa mientras me sube al escritorio sin dejar de perder el ritmo de su lengua mientras danza con la mía salvajemente. Trato de protestar pero mis fuerzas eran débiles.

No me atrevo ni siquiera a mover un musculo, al menos que no sea para acomodarme y seguir saboreando su boca llena de alcohol y desesperación.

¿Desde cuándo no pasaba por esta oleada de sensaciones? Hacía mucho tiempo que no ocurría algo como esto en mi vida y ahora, sintiéndolo cerca, respirando su colonia costosa, su sudor, me doy cuenta de que extrañaba algo como esto.

Jadeo dentro de su boca.

—Besa usted muy bien, Candace —me dice cerca al oído mientras toma un respiro.

—Y usted no lo hace tan...

—No me interrumpa.

Por segunda vez me besa y ahora es más fuerte y profundo y me hace

querer estallar cuando muerde mi labio y lo estira con suavidad.

Mi piel se eriza por su contacto salvaje y repentino. Mi corazón martillea rápidamente y amena con salirse del pecho a medida que sus manos recorren debajo de mi falda y llegan al interior de mis muslos. Poco a poco sus dedos intentan hundirse en mi humedad y reacciono de la forma opuesta. En vez de golpearlo y alejarme deslizo el saco de su traje y me deshago de la corbata. No quiero que sólo me toque, yo también quiero tomar el control de la situación. Muerdo su cuello, su mandíbula, siento cómo sus músculos se tensionan y él suelta un gruñido cuando clavo mis dedos en su piel con ansias de desgarrar aquellas capas de telas que nos separan.

¡Toc, toc, toc!

Mis brazos lo apartan automáticamente y me giro para ver quién está en la oficina.

—¿Candace? —una voz familiar gira el pasador y apenas me da tiempo de separarme para ver a mi hermano con su risa burlona.

—No hay nada —respondo con la respiración entrecortada. Siento mis labios hinchados y el olor del whiskey impregnado en mi ropa junto a su aroma. Salgo a toda prisa, descalza. No quiero tener que mirar al señor Miller ni un minuto más por esta noche.

CAPÍTULO 3

TYLER

¡Al fin un día libre! Lo creo conveniente porque el alcohol le pasaba factura a mi cuerpo. Me duele la cabeza, el estómago arde por dentro y parece que mis músculos fueron molidos por una aplanadora. No tengo mucho tiempo para pensar. El ruido de la aspiradora en la sala hace que mis oídos casi estallen. Mi boca siente el mal sabor del whiskey. Siento que debo ir por una ducha larga y relajante. Así que voy albaño y dejo que el agua caiga sobre mi piel con la esperanza de borrar los malos recuerdos.

Todavía me pregunto el porqué. No hay ninguna explicación, sólo puedo decir que la vida y el destino son puras mierdas.

Cierro los ojos y recuerdo que ya son dos años. Y justo cuando creo que puedo olvidar los males del pasado.

“No te lamentes. Sigue adelante, tú eres fuerte Tyler”.

Lo soy. Es verdad. Dije que no dejaría de nuevo que alguien me jodiera en la vida. Primero muerto.

Me siento de mal humor. No tengo ánimos para soportar la buena cara de las personas y sin embargo sé que tengo que cambiarla porque ahí afuera hay alguien que en verdad no tiene la culpa de lo que está pasando y es la única persona en este mundo que me entiende y no hace preguntas.

Cuando salgo le doy un saludo silencioso, agito mi mano mientras que ella me regala una cálida sonrisa. Olivia. Una de las pocas mujeres en las que vale la pena confiar.

—Buenos Días, señor Tyler —curiosamente hoy no me pregunta cómo me siento. Ella debe intuir que estoy peor que una mierda pisoteada por eso deja de hacer ruido con la aspiradora y va a la cocina por una aspirina y un vaso con agua para mí.

—Eres un rayo de sol —le digo sinceramente. Después de mi madre y mi abuela, Olivia es otra de las mujeres de mi vida. La quiero tanto como a una madre porque siempre está pendiente de mí, sin que yo diga nada sabe exactamente lo que quiero. Su compañía es amena, tranquila. Siempre siento que todo marcha bien cuando ella está en casa.

—Sí, qué harías sin mí, joven. Prepararé el café

Yo la sigo como un niño perdido. Me siento en un banco alto y observo siempre el ritual que hace con la olla para servirme el café porque odiaba hacerlo en la cafetera eléctrica.

—Por cierto. Hoy ha sido una mañana muy ajetreada. Usted ha estado muy solicitado. Sobre todo por una tal señorita Victoria quien ha llamado más de 50 veces y pide que le responda. También lo han hecho su primo, su madre y su abuela.

—¿Qué le has dicho? —digo con el ceño fruncido. Sé que esto apenas comienza y que pasarán semanas antes de encontrar algún alivio.

—Nada. Que salió temprano. Que tenía una cita en ese club de gente rica con personas importantes.

—¿Qué haría sin ti?

Aun tengo demasiado sueño pero el dolor de cabeza me está matando.

Froto mis parpados. Las cacerolas hacen un ruido desagradable pero del cual me acostumbro rápido mientras logro recordar todo lo que había pasado en la tarde de ayer.

Salí con Phil por unos tragos. Él sabía que aquel día era uno de esos en los que no podía estar solo y aunque le resalté que no era necesario me acompañó hasta que se me ocurrió la brillante idea de decirle que tenía que ir a la oficina.

Ayer simplemente tenía esa necesidad de estar solo conmigo mismo y respirar algo de tranquilidad, de reordenar mis pensamientos y establecer mis prioridades.

Es una lástima que hubiera olvidado un detalle. :

La señorita Candace.

¿Qué había pasado en aquella oficina?

De pronto verla frágil y asustada sólo se hizo provocativa para mí. Toda era su culpa y culpa de aquella maldita falda que se ajustaba perfectamente a su curvas y revelaba el perfecto trasero que cualquiera querría tener entre sus manos y apretarlo. Por primera vez vi a la señorita Green de una manera que nunca pensé. Mis manos recuerdan el calor de su cuerpo y la ternura de sus carnes mientras saboreaba su dulce boca y la escuchaba jadear sobre la mía.

Otra vez deseo que se repita ese momento e incluso me imagino cómo le desgarré los botones de su blusa blanca y saboreo el sudor de sus pechos mientras aspiro el aroma único y atractivo. Pensar en ella desnuda y jadeando mi nombre de pronto me ha puesto duro.

Respiro profundo. No quiero pensar en ella cuando tengo a Olivia en mi cocina preparando el desayuno inocentemente.

Mi teléfono suena una vez más. La mujer parece gruñir. De verdad que está harta de las llamadas así que sólo atiendo cuando sé que es Phil.

—Pensé que habías muerto, hombre.

—Si hubiera muerto ya te hubieras enterado mucho más temprano. No te comportes como una nenita, no eres mi esposa.

—Pues, como si lo fuera. No sabes las presiones que tengo últimamente. Primero está lo del reportaje y tener que vestirme de incógnito, luego que Elvira no quiso que trabajara con esos neonazis y por último tú bebiendo como un alcohólico empedernido. Deberían dejarme respirar un poco.

—Sólo exageras. Aunque entiendo a Elvira. Esa gente es peligrosa.

—Pero me gusta el peligro —bromea pero no hace gracia porque nadie quiere que él se meta en ese tipo de trabajos.

Phil siempre ha tenido ese espíritu intrépido y rebelde que nos metió en muchos problemas y que ahora sigue activo y no da señales de desaparecer.

—Deberías dejar de hacer ese tipo de trabajos ¿Por qué no vienes conmigo? Te puedo dar un puesto bueno en mi empresa.

—Jamás. Sabes que no me gusta ese tipo de conexiones.

Es verdad. Tiene un orgullo estúpido, el mismo que caracterizaba a toda

nuestra familia, desde mis abuelos hasta los bisnietos. Por eso sé que Phil jamás aceptaría de buenas a primera un puesto grande en la empresa de la familia. Lo de él es investigar, estar de incógnito, disfrazarse y fingir ser otra persona para conseguir la verdad.

—Bien. Lo intente sólo espero que la abuela te vea y pegue el grito al cielo porque tienes la cabeza rapada y un tatuaje en el cuello. Juro que puedo sentir la sangre esparcida por el suelo. De ti solo quedarán cenizas y un trozo de piel con ese símbolo.

—Exageras. Además ella no sabe nada. Me voy por unos meses a Europa. Tengo que hacer investigaciones, entrevistas. Quiero que esto sea más que un reportaje un documental. Ya lo verás.

—Odio cuando dices esa frase. Sé que nunca viene nada bueno de tu parte.

—Mira ahora quién es la nena —lo escucho reír mientras se burla de mí.

—Cierra la boca.

—Bien. ¿Pero estás bien?

—Sí. Lo estoy. Estoy tan bien que voy a salir a invitar a alguien a cenar. Ya sabes. Compañía de buena calidad. Quizás pase buena noche.

—Eso espero. Te dejo, hermano. Caroline está llorando y es mi turno de cambiar al bebé.

—Hasta luego.

La palabra bebé ya hace que revuelva mi estómago y siento arcadas. A veces olvidaba que Phil tiene una hija de 2 años.

Mi piel se eriza en automático. Sacudo la cabeza. No, no puedo pensar en el pasado. Ya todo quedó atrás y yo he de seguir con la cabeza en alto mirando hacia el frente para estar atento a los obstáculos que se me presenten.

Pienso en mi conversación con Phil. Yo tengo que hacer algo. Necesito de verdad salir de ese hueco e intenta rolvudar todo, aunque sea por un rato. Por eso busco el número de Victoria. Ella no es nada especial pero al menos su compañía me da ratos muy entretenidos. Por eso la llamo y quedamos en tener un día maravilloso.

Las marcas de las uñas de Victoria aún se encuentran en mi cuello y parte

de la espalda. Me levanto muy temprano y desayuno, me voy porque hoy tengo un día bastante pesado en la oficina. Tengo reuniones con varios proveedores y hay infinidad de asuntos que tienen que resolver antes de lanzar la colección de modas que será el retiro de mi abuela en su ámbito profesional. Por eso todo tiene que ser perfecto para que ella pueda lucirse y cerrar con broche de oro todos estos años de mantener a flote la casa de modas Soleil.

En la entrada del edificio encuentro un pequeño grupo de personas haciendo un círculo. Verdaderamente odio que ellos holgazaneen y pierdan el tiempo haciendo ovillos mientras cuentan los nuevos chismes de pasillos. Camino rápido, voy a disgregar aquel grupo pero me detengo cuando observo a la mujer de pelo blanco y labios hinchados y rojos que me sonrío de inmediato.

La Madame está vestida de blanco y parece un ser etéreo que brilla a

—Todos me cuentan lo bien que estás haciendo el trabajo. Estoy muy contenta contigo.

Le lanzo una mirada severa a todos ellos. Claro que tienen que hablar bien de mí, después de todo soy su jefe.

—No te esperaba tan pronto —le digo y tomo su mano de manera elegante para acompañarla al ascensor.

—Bueno, ya sabes cómo soy. No puedo quedarme quieta. Esta será la última vez que diseñe y quiero que sea todo espectacular. Ya lo sabes, algo digno de Madame Collete.

—Lo que será una gran pena porque no creo que pueda conseguir otra diseñadora tan talentosa para la compañía.

—Lo harás. Hay muchos jóvenes que desbordan talento —ella se saca los lentes enormes que tapan la belleza de su rostro.

Me alegra que mi abuela venga a visitarnos. Y sin embargo su presencia me frena en cuanto a la forma de dar órdenes porque de todas maneras ésta seguirá siendo su compañía hasta el último de sus días. Además, ella no comparte mi forma de imponer órdenes. Mientras que ella trataba de ser suave y permisiva yo soy más estricto y frío. No puedo darle confianza a los demás.

El ascensor se detiene. Aún con ella de la mano caminamos hacia mi oficina. Todos se detienen y la saludan pero no duran mucho tiempo porque yo

no lo permito. Antes de entrar a la oficina me detengo frente al escritorio de la señorita Candace.

No estoy preparado aún para poder enfrentarla. Pero no dejo que eso me detenga. Volteo para todos lados. No la veo en ninguna parte hasta que la localizo en un punto lejano. De nuevo habla con su amiga la rubia tetona.

—Señorita Green —subo la voz. Todos parecen temblar. Me agrada que me teman.

La mujer cruza casi corriendo los pasillos con movimientos torpes, incluso tropieza con un muchacho y hace que se esparzan papeles por todos lados, lo cual hace que me enfurezca.

“¿Ese tipo de mujer es mi secretaria?”

Sólo la salva que es eficiente y sabe cómo cumplir hasta las órdenes.

—Por favor. No corra. Esto no es ninguna pista de carreras.

—Lo siento —contesta jadeando.

Su cutis pálido brilla del sudor. Observo discretamente el escote de su blusa y como ligeramente se observa parte de la copa de su brasier. No puedo dejar de imaginar la escena del fin de semana y como ella temblaba con el contacto de mi cuerpo.

—Traiga un té para la Madame y un café para mí.

Ella se queda embobada unos segundos por mi abuela.

—Candace. ¿Cómo estás?—pregunta mi abuela.

—Muy bien, Madame. Gracias por preguntar.

—¿Y tu hermano? No lo he visto. Mira que quiero hablar con él sobre algunas cosas de las fotos de los trajes.

—Él estará...

—Por favor,, señorita Green. Dese prisa —gruño y mi abuela aprieta mi mano.

La mujer sale disparada. Es tan rápida que casi juro que deja un rastro de humo en el suelo.

—No tienes que ser tan grosero con la muchacha.

Respiro profundo. Es por este tipo de cosas que no me agrada que vengan a mucho para acá.

Tomo mi asiento. La silla chilla un poco cuando me siento, me acomodo. Hablamos un poco hasta que la señorita Candace llega con los pedidos en una bandeja de metal.

Tomo mi café especial y siento su sabor dulce. Al menos sabe preparar un café excelente además de besar. Arqueo mi ceja. No puedo dejar de observar sus movimientos.

¿Se dará cuenta de su sensualidad? Ella era tan despistada que no notaba cuando los hombres se le quedan observando. Sobre todo cuando viene vestida como el día de hoy. Todo su cabello negro y ondulado cae hacia su espalda y se detiene en la punta de su trasero. Sus piernas preciosas y los pies pequeños, blancos y con las uñas diminutas y pintadas.

—Gracias, Candace y disculpa a mi nieto. Me imagino que debe darte muchos dolores de cabeza.

—Para nada señora —miente.

—Me imagino que ha de tenerte bajo amenaza para que des esa respuesta.

Yo le sonrío. Noto que la mujer detrás de ella luce nerviosa. Sus ojos enormes y castaños miran a todos lados excepto a mí. Me teme. Me imagino que se acuerda de lo que ha pasado el viernes.

¿Estará excitada?

Pensar en eso hace que mi torrente sanguíneo se agilice.

—¿Qué es eso? —mi abuela apunta hacia un lado del escritorio.

Doblo mi cuello con cuidado y lo veo. Sus malditos tacones.

—¿Qué hacen esos zapatos de mujer en tu oficina?.

—¡Sí, señorita, Green! ¿Qué hacen aquí esos zapatos? —repito la pregunta y veo como los colores de su rostro cambian de blanco a rojo y luego a transparente.

—Yo...yo...

—¿Por qué le preguntas a ella? Tú eres el que debe explicar. Es tu oficina. La pobre Candace no tiene nada que ver. De seguro es que has metido a otra

de tus amantes.

Por el rabillo del ojo observo a la mujer que parece una estatua.

Aprieto mis labios. Odio los reproches y los regaños. Me trago la rabia. Más tarde la Señorita Green me las pagará.

—Estoy ocupado, abuela.

—Lo que me faltaba, de paso te haces el ofendido. No te soporto cuando te pones así. Será mejor que me vaya a trabajar.

La mujer intenta seguirla pero de inmediato le lanzo mi voz de mando.

—¿Qué cree que está haciendo? Recoja eso, señorita.

Ella rasca su hombro nerviosa. Manteniendo la distancia y estando alerta recoge rápidamente aquellos tacones negros de punta triangular.

Mi instinto me grita que la tome aquí mismo. Me tienta hacerlo, quiero atraerla hacia mí y estampar de nuevo mis labios en los de ella pero me detengo. Más tarde me las pagará.

CAPÍTULO 4

CANDACE

—¿Te conseguiste con tu nuevo novio? —pregunta mi hermano.

Abro los ojos. Mi instinto es hacerle daño pero solo consigo pellizcar su brazo.

—¿Qué? ¡Vamos! Sólo bromeo. No tienes que ponerte así. Entiendo estas cosas. Es normal que los jefes estén con sus secretarias.

Su tono jocoso me da urticaria. Él es desesperante y quiero quitarle la cabeza para que cierre la boca de una vez.

—Sólo deja de decir eso; te van a escuchar y luego empezarán los chismes. Ya sabes cómo son todos aquí.

—¿Qué tiene? No pasa nada. Sales con el jefe, eso es pod...—mis manos tapan su boca.

—Lo que viste sólo fue...

Lo pienso. No puedo conseguir la excusa perfecta. ¿Qué ha pasado? Él se fue sobre mí y yo reaccioné como jamás pensé que lo haría.

—Eso te hace ver peor, hermanita. Te hace ver como una aprovechadora del pobre hombre.

—¿Eres mi hermano o mi enemigo? Ya bastante mal me siento. Y lo peor. Él me odia, tienes que haber visto como me gritó delante de la Madame.

—Siempre te grita —se encoje de hombros.

—No lo entiendes. Podía sentir un aire de venganza.

Le doy un vistazo a mi reloj. Mi cuerpo entra en tensión. Tengo ganas de correr y gritar. Apenas son las 2 de la tarde. Quiero irme rápido de la oficina y

no pasar más tiempo en el trabajo, pero justo ahorita tengo que acompañar al señor Miller a una junta y tomar nota.

Subo a la oficina por mi laptop. Me doy prisa. Llego a la sala de juntas y me encuentro con que soy la primera, eso es un alivio y me permite asegurarme de que todos los papeles estén en su sitio. También me aseguro que las diapositivas sean las correctas y que los aperitivos estén donde deben estar y solo me siento a esperar mientras me quedo maravillada por la hermosa vista al océano.

El mar azul es un respiro en medio de todo lo que me asfixia. Poco a poco empieza a llenarse la sala con personas importantes. Mujeres de vestidos extravagantes y hombres con trajes elegantes empiezan a tomar los asientos que les indico hasta que al fin llega el señor Miller y toma asiento.

Yo me aparto, trato de mantenerme alejada para observar y transcribir.

—¿Qué hace? —pregunta con su acostumbrado mal humor.

—Voy a mi lugar —apunto con mi dedo a las sillas solitarias.

—No. Usted se queda justo aquí —golpea la silla negra a su lado.

—Pero ahí va el señor Wilson.

—No. El no viene y la necesito ahí ¿tengo que darle más explicaciones?

Es obvio que la mayoría siente pena por mí. Al resto le divierte mi pequeña humillación pública.

Pálida, temblorosa le obedezco en completo silencio y repito mi mantra:

“Necesito el trabajo, necesito el trabajo”.

La reunión comienza. El señor Miller da unas palabras y permite que cada especialista en los departamentos muestren sus trabajos uno a uno. La luz de la habitación se apaga. Ahora se reproduce un conjunto de imágenes de lo que será la campaña de publicidad.

Enciendo la grabadora de mi teléfono. Necesito grabar todo lo que dicen para escribirlo y porque sé que Peter luego me pedirá que le cuente con lujo de detalle lo que han dicho sobre su trabajo.

La luz del video beam apenas ilumina la habitación. Todos están atentos a lo que dice el ponente.

Por mi parte sólo sigo tecleando lo más rápido que puedo y sin hacer ruido. Me quito en silencio los zapatos de tacón color crema que me quedan hermosos con mi falda azul eléctrico. Siento el frío helado sobre mis pies. La sensación me es deliciosa y hormigueante. Mucho más relajada me siento como en casa pero eso dura poco.

Una mano en medio de la oscuridad desliza la tela de mi falda suavemente. El contacto de sus dedos contra mi piel me ponen tensa. Dejo de respirar presa del pánico. Quiero girar hacia donde está el señor Miller pero no me atrevo. Tengo miedo de que nos descubran así que sólo sigo disimulando que no pasa nada.

Eso a él le hace gracia y sin pedirme permiso sólo acaricia mis muslos suavemente provocando escalofrío en todo mi cuerpo. Mi respiración se agita precipitadamente. Muerdo mis labios para evitar que ellos me traicionen.

Mi instinto me dice que me levante y me marche pero él toma mi muñeca, la presiona con sus manos y me impide la huida.

—Ni se le ocurra —susurra a mi oído. Su aliento cálido me produce cosquillas.

Lo miro de frente. No lo entiendo. Quiero presionar mis piernas y evitar que vuelva hacer lo mismo pero mi mente hace lo contrario y las separo más para invitarlo a entrar. De nuevo la razón se ha ido a ldiablo y dejo que se introduzca en mi cavidad húmeda y explore mi interior mientras trato de mantenerme quieta y silenciosa, fingiendo que presto la atención debida.

Clavo los dedos de mis pies en el suelo. Agito mi cadera lentamente cuando siento como su mano me penetra lentamente.

—Más —dejo escapar. Nadie parece escucharme y él me ofrece una sonrisa engreída y llena de satisfacción.

—Pequeña atrevida —apenas oigo y rápidamente se retira antes de que llegue al orgasmo.

Como si me arrojaran de un balde de agua fría, me quedo quieta, frustrada, con un sabor amargo y decepcionante en mi boca y en todo el cuerpo.

¿A qué diablos jugaba este hombre? ¿Quiere volverme loca? ¿Se venga porque no le correspondí el viernes?

Durante más de dos horas quedé con aquel dolor hueco en el interior de mi vientre. Las luces al fin se prendieron. Sin esperar órdenes salí de prisa. Casi con lágrimas en mis ojos ¿pero por qué? ¿Odio, indignación?

La noche ha reinado en el lugar. Todos se han marchado y yo engo que ir a la oficina a tomar mi bolso y marcharme y eso hago. Corro, agarro mis cosas para irme. Deprisa bajo el ascensor y camino a la salida.

El señor Kevin me saluda. No nota lo nerviosa que estoy.

—Otra vez ese ogro te dejó salir tarde, no entiende que las mujeres como tú no pueden estar tan tarde solas —niega con la cabeza. Es tan caballero que se ofrece a llamarme un taxi. Yo no tengo tiempo, quiero irme pero es tan terco que me retiene.

—No es necesario, de verdad.

El hombre me ignora. Se acerca hacia la puerta del estacionamiento. De pronto cambia a un gesto nervioso cuando un mercedes negro se detiene frente a él y un hombre lo saluda desde el vidrio trasero.

—Buenas noches, Kevin. No sabía que aun seguía aquí, señorita Green. Pensé que tenía prisa por irse.

Cuando movió las comisuras de sus labios se le marcaron un par de hoyuelos en las mejillas.

—Sí, la tiene, pero la oblligué a esperar mientras viene el taxi.

—Entiendo. ¿Por qué no viene conmigo? Mi chofer puede llevarla a casa.

—Esa es una buena idea, me sentiría mejor si sé que se va con el señor Miller.

—Sí, señorita Green, no deje que el pobre Kevin pase mal la noche pensando que usted no ha llegado a casa.

En silencio avanzo. Miro por última vez a Kevin. quizás se dé cuenta de algo y me lo impida pero él me abre la puerta y deja que me siente en los asientos de cuero del mercedes. El chofer sigue con la vista al frente. La puerta suelta un sonido aterrador. Mi corazón late con fuerza. Estoy sola con un tipo que me ha tocado hace menos de unas horas.

Tensa me recuesto del asiento. Finjo mirar afuera. El asiento se mueve a

medida que seguimos la calle. Todo su peso cae justo a mi lado. Puedo olfatear aquella colonia masculina que lo hace irresistible.

—¿Pasa algo malo, señorita Green? —su mano toca el hueso de mi cadera. Me lleva hacia sí y su cuerpo se aprieta con el mío.

—¿Qué es lo que quiere? —pregunto con mis dientes frotándose con fuerza. Echo un vistazo al choer, que sigue concentrado en la carretera.

—No lo sé. Dígamelo usted. Esta tarde la he visto algo malhumorada.

—Váyase al infierno —suelto sin pensarlo.

—Vaya, vaya. Extrañaba ese carácter atrevido del primer día ¿Dónde lo había escondido? —su labio besa el borde de los míos y luego se desliza en mi cuello y bajan a mi hombro a medida que, uno a uno, desabrocha los botones de mi blusa.

Mis manos intentan impedirselo pero tiene un poder sobre mí que me deja débil. No sé qué tiene ese hombre que simplemente hace que obedezca su voluntad sin detenerme pensando en las consecuencias.

—Por favor, dígame qué es lo que quiere.

—Usted sabe lo que quiero, señorita Green. La quiero a usted.

CAPÍTULO 5

TYLER

Olfateo su miedo. Me excita que tiemble con inocencia mientras sigo besándola. Con cuidado deslizo un mechón de su hermoso cabello detrás de su oreja y beso de nuevo su largo y esbelto cuello.

Ella suelta un gemido que es música para mis oídos.

—Me muero por tenerla, quiero hacerla mía en estos momentos. Deseo quitarle la ropa y explorarla sin tener que pensar en las interrupciones. Deseo que grite mi nombre.

—¿A mí? —pregunta sorprendida. ¿Por qué me querría a mí teniendo a tantas que se mueren por usted?

—Porque... porque me obsesiona.

Toco dos veces la cabecera del asiento del chofer. Él entiende mi mensaje y ahora sin que ella se dé cuenta nos dirigimos a mi territorio, a un sitio donde jamás podremos ser interrumpidos.

Sus débiles brazos tratan de separarnos. Siento la presión de mis pantalones. Estoy tenso, de verdad quiero estar sobre ella en este momento y no sé si pueda controlarme.

—Basta —suplica con los ojos llorosos; sus dedos se clavan en mis brazos. Yo gruño. Quiero que se calle, que se concentre en lo que siente en este momento.

—Abra su boca —le ordeno y ella me obedece.

Metó mi lengua en su interior mientras mis manos viajan a sus pechos. Se siente caliente, poco a poco con mi pulgar me deslizo en su pezón erecto y le doy suaves masajes de forma circular en ellos.

El auto por fin se detiene.

La señorita Green observa el lugar. Asustada me mira de nuevo. Agita sus espesas pestañas y luego veo molestia en sus ojos. Un brillo de rabia la vuelve deseable. Decido que también me gusta esta señorita Green. Por eso sonrío y me bajo y la persigo antes de que se escape de mis manos.

—¿A dónde cree que va? —pregunto con mi voz de siempre.

Ella de pronto se vuelve un muro. Juraría que casi bota humo por la nariz.

—¿A qué juega? —me pregunta intentando marcharse pero me atravieso.

—Lo prohíbo —sujeto ambas manos. Ella intenta luchar pero no dura mucho la resistencia cuando la empujo sobre la puerta del auto para besarla y aunque me cuesta la tengo de vuelta conmigo.

—Ya dije que la quiero a usted, pero la quiero bajo mis condiciones, con mis propias reglas.

Subo completamente su falda. Acaricio sus muslos desnudos y palpo el centro de sus piernas para sentir lo húmeda que está.

—¿Qué condiciones?

—Que puedo tenerla las veces que quiera sin ningún tipo de compromiso.

Le doy un profundo beso. Mi erección es fuerte, dura. De verdad que tengo la necesidad urgente de entrar dentro de ella y escuchar suplicarme por más. Si fuera por mí lo haría dentro del estacionamiento del edificio.

La dejo en el suelo con delicadeza. Tomo su mano y la entrelazo con mis dedos. Puedo sentirla pequeña, frágil al igual que todo su diminuto cuerpo.

Rápido la conduzco por el ascensor hacia mi departamento. Sé que esto es una locura. No sé en qué diablos estoy pensando al traerla aquí pero la necesidad de estar con ella es más grande que cualquier capacidad de raciocinio.

La llevo hacia mi habitación a oscura. Mi desesperación hace que la bese de nuevo y con más ferocidad. Le quito los últimos botones de su blusa, le bajo por completo la molesta falda. Es tal y como me imaginé, sensual, caliente y tan hermosa que casi parece perfecta.

La pongo de espalda contra mi colchón. Su cabello se esparce lentamente

entre las sábanas. Observo el brillo en sus ojos.

Me tomaré el tiempo para probarla lentamente. Empiezo por su clavícula. La señorita Green presiona sus ojos fuertemente mientras trata de controlar su corazón. Puedo sentir todo se cuerpo en un solo latido que vibra por la trayectoria de mis besos.

—Simplemente preciosa —le digo mirando directamente la curvatura de sus pechos.

Con dedos ágiles desabrocho ese encaje transparente que cubre sus pechos y beso con esmero aquella pequeña bolita de carne rosa que se eriza y humedece por culpa de mi saliva. Sus gemidos afloran de su boca y suena como una romántica melodía. Mi sangre hierve a medida que sigo explorando esa zona y me deslizo hacia su vientre plano. Deslizo la tela, mi tacto en esa área hace arquear su espalda. Tomo sus muslos, los separo y me detengo un momento y la contemplo. Siento el control en mis manos. Ella está así solo por mí, eso hace que sonría y bese su interior para hacerla revolcarse de placer entre las sábanas. Sus dedos acarician mi cabello, lo toman con suavidad y después hunde mi cabeza para que pueda seguir la presión de mi lengua en su centro. Sus gritos se vuelven más obscenos, menos tímidos. Ahora ella me exige más y obedezco sus órdenes hasta que suelta un último grito de placer y se tumba en mi cama como una criatura hermosa y única que se abraza a sí misma.

CAPÍTULO 6

CANDACE

Estaba loca.

Mientras tomo un respiro esa cama extraña lo observo. Lentamente se quita el saco y desbotona su camisa. Aún en recuperación me levanto y lo ayudo. Siento que debo regresarle ese favor. Yo no me quedaría debiéndole nada a este señor Miller.

Ignoro esos ojos azules que me observan llenos de curiosidad. Intenta leer mis movimientos y tratar de anticiparse a lo siguiente y no lo dejo. Presiono su boca contra la mía. Le suelto la camisa perodejo la corbata de rayas azules para que toque la desnudez de su hermoso pecho. Observo su desnudez como él haría con la mía; me tomo el tiempo en acariciar su pecho fuerte y viril... Desciendo hacia la tela de sus pantalones.

Me deshago de ellos. Contemplo fascinada la dureza de su erección. Trago grueso la saliva.

No recuerdo la última vez que esto había pasado. No sé en qué problema me estoy metiendo pero prometo no pensar más en eso hasta que este momento haya terminado.

Toco su miembro con delicadeza. Sus músculos se contraen. Ahora él es quien cierra los ojos. Se recuesta en la cama y se deja llevar por la intensidad de mis caricias.

—Señorita Green, no sabía que pudiera ser tan experta.

Su halago me invita a esmerarme. Mis labios viajan directo a la punta de su miembro. Lo tomo con cuidado, tengo la delicadeza extraña para no lastimarlo. Suelta gruñidos de placer que hacen que aumente mi ritmo hasta que está a punto de terminar y me detiene.

Acerca mi rostro hacia su cara. En un silencio que es cortado por el ritmo de nuestras respiraciones sincronizadas detallamos cada centímetro de nosotros. Me presiona las caderas. Me penetra. Estoy encima de sus piernas. Suelto un pequeño grito que trato de silenciar con las manos pero no me lo permite.

Sólo quiere que me suelte, que deje de ser tan cohibida. Poco a poco me dejo cuando el ritmo de su pelvis se mueve en un vaivén que me estremece. Me suelto entre sus hombros y cuello. Presiono mis ojos y dejo que el fuego que florece desde mi vientre recorra todo mi cuerpo.

Me vuelvo una adicta. Ahora sólo pido que siga, que anunte el ritmo y me mueva junto a él hasta que de nuevo una oleada de placer revienta en nosotros hasta dejarme completamente satisfecha.

¿Y ahora?

El señor Miller coloca mi cabeza en su pecho. Sus brazos me envuelven dulcemente y dejo que apoye la barbilla en mi cabello. Me preocupo por escuchar su corazón que mengua poco a poco su ritmo.

Dejo que la tranquilidad y el silencio me envuelva hasta que cierro los ojos en un momento y quedo sumida en un profundo sueño como hace tiempo no lo hacía.

Mi despertar no es nada bonito. Estoy en una habitación desconocida y a mi lado está una espalda musculosa que reposa suavemente sobre la cama mientras que veo por primera vez un lado que jamás hubiera pensado que conocería de mi jefe. Luce calmado mientras respira suavemente, casi tiene una sonrisa dulce e inocente y me tiento a tocar su mejilla pero me detengo.

Sin hacer ruido me levanto suavemente y tomo mis cosas para vestirme enseguida. Tenía que salir de inmediato de ese departamento antes de que se levante y las cosas se pongan incómodas.

Salgo de la habitación; una enorme sala lujosa. Los muebles son bastantes caros y hay un plasma pegado a la pared de última generación. Camino lentamente hacia los grandes ventanales que muestran la ciudad. Una zona lujosa con edificios altos.

Me acerco a una mesa de cristal negro. Observo un jarrón moderno que tiene un tulipán naranja y a su lado varias fotos familiares. En una está con la

Madame y también con su madre quien era una de las mujeres más hermosas que han pasado por la compañía como una de las modelos más rentables.

También hay fotos con toda la familia y en especial con una chica rubia preciosa. Ambos sonríen mientras la abraza de espalda. El señor Miller es más alto y más joven. Viste ropa deportiva y ella, pequeña y femenina se ve como una flor delicada entre sus toscas manos.

—¿Quién es usted? —pregunta una anciana confundida.

Abro mi boca para decir algo... pero no se me ocurre mucho que decir.

El timbre suena de pronto. La mujer se olvida de mí y abre la puerta y para mi sorpresa es la Madame y su hija.

—Buenos días, señorita Green —me sonrío—. ¿Por qué tan temprano por aquí?

Mis labios tiemblan mientras trato de pensar la respuesta. Estoy muerta de la vergüenza y tengo la mente en blanco.

—Llega tarde, señorita Green, como siempre. ¿Me trajo los papeles? —la voz del arrogante hombre hace que me coloque firme.

—Justo ahora se los da a la señora —señala a la morena.

—Sí, señor Miller. Los dejé en su despacho —respondo molesta y le dedico una mirada agria.

—Muy bien. Entonces márchese. Nos veremos después del almuerzo.

Al menos me ha dejado la mañana libre pero ¿por qué no el día?

—Por dios. Hijo. ¿No te da vergüenza con esta pobre mujer? Hacerla venir tan temprano para que te entregue unos papeles. Lo menos que puedes hacer es invitarle el desayuno —le dice su madre un poco molesta.

—La señorita Green tiene cosas que hacer ¿o no?

¿A quién engañamos? Todos sabemos qué es lo que hago aquí.

—Sí. Gracias de todos modos. Buenos días —nerviosa sonrío y me marcho tan rápido como puedo.

Escucho quejas de ambas mujeres. La morena suelta un par de gruñidos y luego la voz del señor Miller me detiene.

—¿Sucede algo? —digo.

—Que la lleve mi chofer —responde después de una pausa prolongada.

No hay más nada que decir. Esto no se repetirá. Por desgracia. Bueno, no. No puedo decir que por desgracia. Se supone que debería estar tranquila de que al fin haya desistido con su acoso. Pero, la verdad es que me ha gustado esta noche..

Sacudo la cabeza. No debo pensar en esa forma. No pasará nada entre nosotros. Después de todo él está con esa mujer elegante y perfecta de la foto.

Ahora me siento furiosa. Estoy molesta conmigo misma porque participé en el engaño amoroso contra esa mujer inocente que no tiene la culpa de que su novio sea un Don Juan sin remedio.

Intento dejar de pensar en ello.

El chófer me lleva hacia la casa. Esas cuatros paredes pequeñas y menos ostentosas que en el edificio de lujo donde he estado hace menos de una hora. Descalza entro y lo primero que veo es una chica delgada de rostro hinchado y lloroso que corre hacia mí y me recibe con un abrazo fuerte. Sus brazos forman una prisión que no será fácil zafarme.

Ahora me siento peor. Veo a Scarlet asustada golpea mi pecho. Acaricio su cabello. Tiembla y luego me suelta y cambia a una fase molesta.

—¿En dónde estabas? Estuve toda la noche llamándote y salía apagado. Llamé a Peter y ese bruto se inventó unas estupideces diciendo que estabas con tu jefe.

Dejo caer la mandíbula. Maldigo en silencio. Mi hermano en definitiva es un gran boca floja que tiene que rendirme cuentas más tardes.

—¿Por qué te quedas callada? No será que...¿es verdad? —su voz cambia, es como si esperaba otra excusa.

—Lo siento —es lo único que puedo decir.

—¿Qué te pasó? Tú no eres así —me observa en silencio, buscando una señal de cambio.

—Sólo fue un error —le digo avergonzada.

—Nunca pensé que fueras capaz de hacer algo como eso.

¿Están saliendo juntos, no? ¿Son novios?

¿Qué puedo decirle? ¡Miente! Es lo mejor.

—Sí, pero ahora es secreto.

—Un novio ¡tú! Eso es... fascinante. No sabes como me alegra de que al fin puedas disfrutar de la vida.

Corre y me abraza de nuevo mientras que yo me siento como la peor hermana del mundo.

—Vale. Entiendo. Pero igual quiero conocerlo. ¿Podría ser eso posible? Digo, sale con mi bella hermanita. Tengo que ponerle un par de reglas... Espera, espera ¿no es tu jefe imbécil?

Muerdo el interior de mi mejilla.

—Una relación amor y odio —digo sonriendo.

—Es la cosa más romántica que jamás he escuchado —dice ella recostándose en mi regazo como si fuera una bebida,

—Sí —digo con dudas.

Sobre todo este tendría un final muy feliz. Bueno para él, porque en lo que se canse de mí estaré de patitas en la calle y con una hermana a quien cuidar.

Scarlet pasa de feliz a melancólica en un segundo. Sus lentes se empañan.

—¿Qué pasa? —le pregunto con un mal presentimiento en el pecho.

—Hoy es el día.

Es verdad. Diciembre 1. Hoy es el segundo aniversario de la muerte de mi madre. Cómo he podido olvidar una fecha tan importante.

—¿Iremos al cementerio?

—Claro, después que salga del trabajo.

CAPÍTULO 7

TYLER

—Fiesta de cumpleaños —digo sin muchas ganas.

Sé lo que sucederá en una fiesta de cumpleaños de la abuela. Pero la verdad es que no le puedo decir no a ese par de mujeres manipuladores que ya tienen esos ojos brillosos.

—Mamá quiere celebrar algo grande. Algo así como una fiesta antes de la nueva colección. ¿Qué te parece? Pienso que servirá de publicidad para la compañía —dice mi madre emocionada porque es la excusa perfecta para usar un nuevo vestido.

—Bien, si tanto la quiere no veo para que me necesita —sorbo un poco de mi café que está al punto con un toque de leche y de chocolate.

—Será a lo grande. Invitaré amigos, a la familia, a unos cuantos clientes. ¿Qué te parece?

—Está bien, con tal que no...

—Sí irá. ¡Por dios! Son hermanos. Mis hijos —responde fastidiada.

—Yo no recuerdo tener hermanos —gruño. Ya estoy de mal humor y es por su culpa. Porque no sólo se quedan calladas. Ambas tienen que venir a destruir todo lo que he logrado la noche pasada.

—Tyler, te prohíbo que digas algo como eso. Ustedes son hermanos te guste o no.

—Creo que debemos calmarnos, vamos, cariño —mi abuela la toma delicadamente del brazo—. Sé que Tyler no quería decir algo como eso ¿verdad?

Ruedo mis ojos. Aprieto los puños. Ella acaba de arruinarme el día por

completo.

—Tyler irá a la fiesta. Lo hará porque me quiere y sé que su amor por mí es lo bastante grande como para soportar a Connor ¿o no?

No puedo decirle que no. Después de todo ella es la madame, a ella nadie le niega nada.

—Como quieras —rasco mi cuello un tanto incómodo.

Mamá se ve algo más relajada. Incluso ahora se pone a jugar con su pulsera de oro tranquilamente sin darme la cara.

—Bien. Me alegra que tengas eso resuelto. Por cierto, me encantaría que llevaras a la señorita Candace.

—No entiendo por qué tengo que llevar a mi secretaria —suelto algo tenso. Odio que se metan en mi vida privada y la señorita Green forma parte de ella.

—No te hagas el tonto. Puedo ver que están saliendo. Me alegra que salgas de nuevo con alguien.

—Ella parece buena chica y es preciosa —mamá decide que no está enojada conmigo.

—No hay nada entre ella y yo, si es lo que quieren saber.

—Sí, como digas. Cuídate cariño —la madame se levanta y besa mi mejilla.

Mamá la imita. También me da un beso e incluso un abrazo. Ella no quiere seguir disgustada, de verdad desea que de nuevo Connor y yo tengamos un reencuentro de reconciliación pero eso jamás Pasará. Primero muerto antes de tener que hacer las pases con el hombre.

Molesto me voy a la oficina.

Quiero trabajar y adelantar algunas cosas y así dejar de pensar en ellas y esa absurda fiesta de cumpleaños. Estoy seguro que será extravagante y molesta, llena de cámaras y flashes. Me resulta aburrido y doloroso tener que volver a esa clase de eventos sociales, no después de lo de aquello.

A las afuera del edificio me topo con la señorita Green.

Sus ojos se abren de par en par cuando ve que he tropezado con ella a

propósito. Luce sorprendida y algo nerviosa.

—Me parece que le he interrumpido sus pensamientos. ¿Sucedo algo, señorita Green? —le pregunto mientras observo que ha cambiado de labial por uno rosa más brillante y sensual.

—Buenos días, señor Miller —baja la cabeza. Está tensa. Apostaría toda mi fortuna a que ella piensa en lo ocurrido anoche.

Ambos caminamos hacia el ascensor. Sus tacones se aceleran para agarrar el ascensor primero que yo. Lo toma y se apretuja contra toda aquella humanidad y piensa que no llegaré a tiempo, pero se equivoca. Cuando la gente me ve lo ponen en espera. Saludo. Todos fingen adorarme y me hacen espacio justo al lado de ella.

Wilson me tiende la mano para saludarme. El hombre de forma amable empieza a hablar y yo asiento porque en realidad sólo estoy concentrado en la señorita Green y el aroma de su perfume que extiende por el lugar. Ella se aleja lo más que puede pero la alcanzo. Nuestros hombros se tropiezan. Siento su calor atrayéndome. Me encanta su cercanía, pero yo quiero más y dejo que mi mano caiga delicadamente en su trasero. Enseguida puedo sentir su reacción. Esta tensa, rígida y erguida mientras busca un punto en el cual pueda enfocarse a medida que subimos los pisos.

La puerta del ascensor se abre en el primer piso y un hombre alto de pelo negro atado en una cola aparta a la multitud y se coloca al lado de ella. Los observo con cautela. Mi mano se aleja de ella en contra de mi voluntad. Aprieto los puños. Quisiera golpear a ese imbécil. Lo recuerdo, sé quién es él. Siempre está encima de ella en la oficina y a cualquier lado donde vaya.

¿Quién es? ¿acaso su novio?

La idea me molesta. No me gusta compartir lo mío y aunque ella no lo quiera,, es mía hasta que me de la gana que lo sea.

—Candy me llamó preocupada por ti. ¿En dónde pasaste la noche?

No puedo ver su rostro pero el hombre suelta un grito de dolor. Me empuja un poco.

—Estaba con Stephanie —miente nerviosa.

No puedo evitar esbozar un sonrisa porque le miente con descaro.

—No lo creo. Yo estaba con Stephanie. Anoche se suponía que nos reuniríamos a tomarnos algo pero como no estabas nos fuimos temprano ¿puedo saber a donde fuiste Candy?

Todos le prestan atención. Incluso un par de personas pierden su turno de salir mientras escuchan atentos.

—Odio que me digas Candy y déjame en paz. No soy una niña. Por cierto, hoy es el día.

El silencio se prolonga hasta que al fin salimos de aquella caja de metal. La señorita Green se adelanta y en el primer segundo que entra a la oficina se adueña de su escritorio ignorándome.

—Señorita Green —la llamo no sé muy bien por qué.

Me quedé pensando sobre lo que él había dicho. La llamaba Candy y sabía que lo odiaba.

¿Por qué? ¿Cuál era su relación?

—Le tendré listo su café y los papeles enseguida. Sólo déjeme confirmar sus citas para el día de hoy.

Se marcha tan de prisa que no da tiempo de contestar.

El resto de la tarde la señorita Green se vuelve un silencio abrumador y torpe que hace que mi sangre hierva. Nunca antes había visto que se comportara como una perfecta inútil que se equivocaba a cada cinco minutos o tenía que repetirle mis órdenes más de tres veces.

Me tiento a preguntarle qué le pasa. La verdad, no me atrevo. Eso no es mi problema y no deseo que piense algo totalmente diferente.

Pienso que debo decirle y aclararle la situación. No hay ninguna relación. Los dos no salimos. Nunca lo haremos pero ella es mía. Eso podría bastar para que así prestase atención.

—Señorita Green. ¿Qué diablos le pasa?

—Disculpe, señor —muerde su labio.

Ella no es consciente de lo ardiente que se ve cuando hace ese movimiento. Ellos se ven carnosos, provocativos, te invitan a besar su boca y jugar con ella. Ante la idea solo siento tensión en mi entrepierna.

—Usted no me sirve si va a estar todo el día en las nubes.

—Lo lamento. Señor Miller, sé que es repentino y de última hora, pero ¿puedo salir mas temprano?

Arqueo mi ceja.

—Tengo que hacer algo personal y solo puedo hacerlo hoy, pero entenderé si no puede.

—¿Personal? ¿Con ese cola de caballo?

Ella no me contesta y me enfurece.

—Acérquese un segundo —mi mano la llama.

Hay dudas en ella.

— ¿Qué dice? —pregunta confundida.

—Que se acerque, no se haga la tonta.

Me obedece. El repique de sus tacones acercándose me excita. Tomo su mano, es pequeña, suave. La atraigo hacia mí y la siento sobre mis piernas.

—No ahora, por favor —suplica en vano.

Coloco mi dedo en sus labios.

—¿Por qué siempre tiene que hablar cuando no debe? —bajo mi voz, eso la excita, lo sé. Puedo ver cómo hay un cierto brillo en sus ojos apenas paso la punta de mis dedos en su esbelto cuello y le estampo suaves besos.

—Señor Miller, por favor. Nos pueden ver. Yo no quiero que...

—¿Miedo a que descubran lo que tenemos? —mi boca cambia de sabor al decirlo—. ¿O te excita que nos vean?

Trepo por su pecho y lo tomo. Su piel estás erizada por el contacto cuando la beso dulcemente y sigo subiendo hasta tomar su boca.

Siento algo de resistencia de su parte pero termina cediendo y sus brazos rodean mi cuello.

—Usted me encanta, señorita Green—muerdo su cuello. Su respiración se descontrola. Siento la efervescencia, su calor rodeando mi cuerpo y su trasero estregándose en mi erección—. No tiene ni la más remota idea de lo que

pienso en este momento.

Le subo el dobladillo de la falda, me encanta la suavidad de sus piernas, lo caliente y húmeda que se encuentra mientras se arquea inconscientemente. Huelo su resistencia.

—Señor Miller.

No puedo resistirme a su llamado. El sonido de mi cremallera la hace temblar. Por un momento la observo, éást pensativa pero luego se muestra decidida cuando delicadamente desliza aquella tela diminuta de sus bragas negras y empapadas de sus jugos que me entrega cuando estiro mi mano y la guardo en el bolsillo de mi traje.

De nuevo repite mi nombre. La siento sobre mí con mi erección desnuda y lista para adentrarme en ella. La tomo de sus caderas. Ambos nos acoplamos en un ritmo lento que luego se vuelve violento a medida que aumento mis embestidas. Ella aprieta sus ojos y ahoga sus jadeos sobre mi hombro. El aire caliente de su aliento humedece mi piel. La aprisiono con mis brazos cuando sé que me vengo en su interior con el corazón palpitando a mil por horas.

Noto un ligero rubor que hay en sus mejillas. Su cabellos caen desordenados sobre sus ojos y los retiro con mucha sutileza. Sin poder contener la tentación la beso una vez más, esta vez soy suave, intento entenderla pero cuando recuerdo porque había comenzado todo no puedo evitar de que mi cuerpo tiemble de rabia porque sé lo que me ha pedido. Entonces solo quiero marcarla como al ganado, quiero que ella y cualquiera sepan que es sólo mía y sin contemplaciones succiono y muerdo la piel de su cuello hasta que sus brazos me detienen.

La señorita Miller se aparta.

—¿Qué es lo que le pasa? —retrocede y se aleja de mientras la miro con una triunfal sonrisa.

—Quiero que sepan que me perteneces, señorita Miller. A partir de ahora usted es de mi propiedad.

CAPÍTULO 8

CANDACE

Y justo cuando pensé que no podría pasar algo peor y sucede esto.

¿Quién se cree que es para decir algo como eso?

En un silencio mortal me separo de él y le doy la espalda. Escucho mi nombre, sé que está molesto porque sus gritos logran escucharse más allá de su oficina. Cuando salgo a los pasillos todos me observan y se preguntan qué habré hecho para enfurecer a la bestia.

Le lanzo una mirada de pocos amigos a los que logro conseguirme. Con mi bolso en mano parto hacia mi cita destinada y pienso que él y todos pueden irse al diablo, porque hoy tendría que hacer algo muy importante en vez de estar acostándome con mi jefe, que nada bueno me puede traer.

Yo no soy ninguna propiedad. Se equivocaba, si me acuesto con él no es por obediencia, sólo quiero hacerlo y punto. Por eso ahora siento que la rabia me carcome como un ácido corrosivo, pues no se lo pude decir directamente en su cara y solo me tragué todo lo que siento.

Voy en busca de Peter y ambos partimos hacia una floristería a buscar lindas flores para mamá. Quiero conseguirle algo blanco y grande por su aniversario. Los dos estamos callados. Intuye mi molestia y no dice nada que no tenga que ver con un par de rosas y unos hermosos lirios que parecen gritar con desesperación que los lleve.

Rato después nos encontramos con Scarlet en el cementerio. Mi hermana viste con su uniforme del colegio privado y se ve mucho más niña de lo que es. Ella tanto como nosotros tenemos el dolor que se nos nota en la cara.

Beso su cabello, la tomo de la mano y camino con Peter hacia aquella pequeña tumba de gris con la placa de BIANCA GREEN. No puedo evitar que miles de recuerdos de ella viajen por mi mente. Incluso puedo sentir su olor

dulce a canela en medio de todo aquel sitio lleno de muerte que encrespa mis nervios.

—Te extrañamos, mamá —Scarlet intenta mantener una sonrisa que ahora acompaña con lágrimas.

Peter se limita a estar callado. Esta es la única vez del año que no dice nada y sólo se queda en silencio, acompañándonos y mirando hacia cualquier lado que no sea la tumba de mamá.

Coloco las flores en el jarrón y me alejo para contemplar la placa que certifica que mi madre ha muerto hace dos años con una sonrisa cansada en su rostro.

—Aquí están —dice la voz de mi padre que nos toma por sorpresa.

—¿Qué haces aquí? —dice Peter a la defensiva.

A él no le gusta papá. Siente un rencor profundo hacia aquel hombre que nos abandonó luego de saber de la enfermedad de mamá.

—Sólo vengo a ver cómo están ustedes y a dejar esto —muestra una rosa roja que delicadamente coloca en la tumba—. Has crecido tanto —le dice a Scarlet quien me aprieta la mano.

—¿Qué pasa, no me van a decir nada? Soy su padre.

—Yo sólo tuve madre —Peter se acerca hacia él pero no mucho porque yo estoy en medio de ambos.

—Ni se les ocurra hacer una escena aquí, por favor —pienso en mi hermana, pienso que está cansada de lo mismo cada vez que nos encontramos con él.

Papá parece destruido por completo. Su bello rostro ahora se aprecia sumido en la vejez decrepita que hunde sus ojos y le agrieta los labios. El descuido incluso hizo que su camiseta blanca parezca amarillenta y con manchas de grasa salpicada. Ahora solo quedaba una sombra de lo que había sido, del hombre que había enamorado a mi madre.

—Yo no intento pelear con nadie. Sólo quiero hablar con mis hijos. Deseo que ellos puedan ver a su padre, que lo ayuden...

—Vete al infierno, no tendrás nada de ninguno de nosotros y si sabes lo

que te conviene no te acerques a nosotros —dice Peter.

—Majadero —lo insulta mi padre.

Peter parece no aguantar más, ni siquiera le importa que esté en medio y solo lo golpea en el rostro. Yo lo alejo rápidamente. Le grito a Scarlet que lo saque. Quiero que se lo lleve antes de que terminen de armar un alboroto.

—¿Estás bien? —le pregunto entregándole un paño de mi bolso.

—Claro que no. Como voy a estar bien si mi hijo me falta al respeto. Ese muchacho necesita disciplina. Yo debí ser mas estricto con el.

—No, no debiste. Y no tienes derecho a exigir respeto. Tu lo perdiste el mismo día que decidiste marcharte de la casa dejándonos a los tres solos y con una madre enferma. Así que no te sientas con el derecho a exigir nada, papá.

—Tú no, Candace, por favor. No me trates de esa misma manera como la que me tratan tus hermanos. No puedo soportar la soledad y el dolor de estar sin ustedes; quiero que de verdad me perdonen e intentemos ser una familia de nuevo.

Observo la pequeña botella que sale del bolsillo de su pantalón. Mi corazón se encoge un momento por culpa del dolor de ver a un hombre fuerte reducido solo en aquel resto de humano que vive día y noche para la bebida y el juego.

—Creo que es tarde papá —mi voz se quiebra al decirle esas palabras.

Rápidamente me urge apartarme de ahí. Siento que mi día ha quedado completamente arruinado. Me imagino a mi madre mirándonos ahora y en lo triste que se sentiría al vernos tan desunidos como familia.

—Candace, hija. No me dejes. te necesito. Necesito que me ayuden. Yo quiero cambiar.

No puedo creerle por mas que lo intento. ¿Cuántas veces he escuchado el mismo número?

—Entonces deja que te internemos en una clínica.

—Eso jamas, yo no necesito una clínica. los necesito a ustedes.

Ya no tiene más excusas que poner porque, la verdad era que no le interesa

para nada lo que ninguno de nosotros sintamos o qué pasará con su vida.

Le doy la espalda sintiéndome como la peor de las hijas se que me tengo que obligar a odiarlo pero cada vez que lo hago, la imagen de él abrazándome, y cuidándome en mi habitación cuando tenía miedo a la oscuridad me golpea tan fuerte que simplemente no puedo, porque yo lo amaba demasiado para verlo de esa manera.

Le escucho mi nombre un par de veces hasta que solo el silencio me acompaña. Me llevo hacia la entrada del cementerio y justo en el gran arco observo un auto negro aparcado. Mis hermanos se acercan y hablan con alguien en su interior. Scarlet sonrío y me llama apenas me ubica.

No puedo evitar apretar mis puños.

Esto era lo que me faltaba

Al señor Tyler Miller no le bastaba con hacerme la vida horrible en la oficina y también de usarme como su pequeño juguete cada vez que se le apetece, ahora le daba por seguirme solo para recordarme que puede ejercer su poder sobre mi.

—Mira a quién nos hemos encontrado —Peter suelta burlón. Parece que se ha recuperado.

—¿Qué hace aquí? —digo sin disimular mi enojo.

—Candy, no le hables así a nuestro jefe —mi hermano sacude mi cabeza.

—Que no me digas Candy, lo odio.

En este mismo momento no puedo dejar de pelearme con él. Todo se siente más complicado. Me quiero ir y dormirme hasta que el día termine pero parece que no va a pasar y que será demasiado largo.

—Compórtense —Scarlet media entre nosotros—. ¿No les da vergüenza? Parecen unos niños. Lo lamento tanto, señor Miller. Mis hermanos pueden ser algo... infantiles a veces.

—¿Son hermanos?—pregunta.

—Pues claro. ¿Qué pensaba que éramos? ¿novios? No, gracias. No tengo tan malos gustos.

Mi pie está listo para patearlo pero por alguna razón me contengo.

—¿Le gustaría ir a cenar a nuestra casa? —pregunta Scarlet con otras intenciones.

Recuerdo la conversación de esta mañana. No puedo dejar que se le salga aquella barbaridad que había dicho. Si antes me sentía mal, ahora solo me siento mucho peor. Mis manos sudan nerviosas. La idea de que ella lo invite a nuestra casa hace que brote un escalofrío en todo mi cuerpo.

—No digas eso, Scarlet. El señor Miller es un hombre muy ocupado.

—No tengo nada programado para la tarde de hoy. Tú deberías saberlo mejor que nadie. Claro que acepto.

Lo miro a sus ojos turbios. Él no está bien. Es un imbécil, un loco que me demuestra que puede tener poder sobre mi y lo odio.

Todos nos vamos en su auto. Nadie parece acordarse de papá y de la interrupción en el cementerio; ni siquiera de que día es hoy porque parecen más interesados en caerle bien a mi jefe.

Aquella sonrisa, esa mirada llena de confianza y arrgancia es un imán para aquellos que no conocen profundamente bien al señor Miller. Por eso siempre que alguien está frente a él lucha para ganar su atención.

Al llegar a casa Peter se ofrece ayudar a Scarlet en la cocina y antes de que diga algo me quedo con mi jefe en la pequeña sala de estar. El curioso mira la simpleza de la decoración mientras se sienta en el regordete sofá amarillo dorado que ha estado en esa casa desde mi nacimiento. Mira las fotos. Los retratos de lo que había sido una familia feliz hace mucho tiempo.

—¿Sus padres? —pregunta

No quiero hablar de ello por eso solo asiento. Aún estoy de pie. Me siento incómoda en mi propio terreno. Se supone que es mi casa, que aquí estoy a salvo pero no puedo. La inquietud parece como un salpullido que se extiende por todo mi interior.

—¿Por qué no me dijo que iría al cementerio? —su voz se vuelve trémula.

Suelto un sonrisa burlona.

—¿Qué es lo gracioso?

—Nada, sólo olvídelo.

—No, no lo haré. Dígame qué le pasa.

—usted es lo que me pasa. ¿Qué hace siguiéndome?

—¿Siguiéndola? Yo no la sigo.

—¿Entonces cómo fue que lóleg al cementerio?

—Casualidad. Usted no es la única que llora a sus muertos —esquiva la mirada en ese instante y sé que miente.

—No creo que sus muertos estén ese un cementerio municipal.

—¿Qué es lo que le causa gracia? —pregunta mientras observa que resiento a su lado.

—No lo sé —me encojo de hombros.

—¿Puedo saber por quién estaba en el cementerio?

—Es mi madre; murió hace dos años. Leucemia. Fueron tiempos difíciles.

—¿Es por eso que nunca pudo terminar sus estudios?

—¿Cómo sabe eso?

—Investigo a mis empleados, señorita Green. Tengo que hacerlo si voy a dejar que trabajen para mí. Así que me tomé la libertad de hacerlo y descubrí que dejó sus estudios ya por terminar.

—No me gusta hablar de ello —bajo la voz. Me aseguro que mis hermanos no me escuchen. No deseo que se sientan culpables de hacerlo.

—¿lo molesta?

—No empiece. Está en mi casa —digo firme y cuando espero que suelte un bufido solo me sorprende y sonrío.

—¿A qué le teme Candace?

Mis ojos se abren como platos. Esta era la primera vez que me llamaba por mi nombre y me hacia sentir extraña.

—No te temo, Tyler —lo reto. Parece aceptarlo mientras que su mano atrapa la mía.

—¿Ya no más señor Miller? ¿Qué le ha pasado?

—Tyler —pronuncia su nombre bromeando—. Sólo espero que para la próxima que te tenga en mi cama digas mi nombre mientras te corres.

Una oleada de calor golpea mi vientre. Estoy seria, no sonrío, no me da tiempo de levantarme y sacarlo a patadas de mi casa.

—Es un imbécil —quiero decir más pero Scarlet llama para la cena.

Los cuatros comemos pollo con salsa agridulce y ensalada. Mi hermana se ha lucido con la cena solo porque está mi supuesto “novio”. Peter aprovecha y hace bromas ridículas de mi como si fuera un niño, mientras que mi hermana no para de hablar sobre que le encantaría convertirse en una chef profesional.

Sorprendentemente Tyler no parece aburrirse. Hasta parece un humano durante la comida, lo cual es mucho de esperar de alguien petulante y grosero como él. Sin embargo puedo sentir como su mirada me penetra de vez en cuando lo cual me hace presionar mis piernas con fuerzas para suprimir mi deseo mientras está en la misma mesa conmigo.

Una vez terminada la cena salgo a despedirlo sin decir alguna palabra. Tyler no parece incomodarle el silencio, creo que por dentro le agrada porque se siente poderoso por dejarme con la boca cerrada en casa.

—Buenas noches, Candace —por segunda vez dice mi nombre. Echa un vistazo hacia la ventana y cuando observa que no hay nadie mirando me toma entre sus brazos y demanda un beso de mi parte que devuelvo con la misma intensidad mientras me maldigo a mi misma.

CAPÍTULO 9

TYLER

¿Qué es lo que esa mujer tiene que me obsesiona tanto?

Me alejo del escritorio y me siento en el mueble negro con solo un vaso con whiskey en mi mano. Cierro mis ojos y lo primero que pasa por mi cabeza es la imagen de su cuerpo desnudo sobre mi cama. Ella tan hermosa con aquel aire lleno de inocencia mientras me mira con los ojos vidriosos por culpa de la excitación. Recuerdo cada peca, cada perfección dentro de aquella piel cremosa y suave que he tenido entre mis manos y ahora me están volviendo loco.

Respiro profundo. Me golpeo fuerte la mejilla con la palma. Ni siquiera el dolor es lo suficiente para que Candace pueda salir de mi mente. Ella se ha adueñado de cada maldito pensamiento que tengo. Es como droga fuerte.

La puerta se abre y estoy a punto de gritar. He ordenado silencio total. Quiero privacidad y soledad para poner mis pensamientos en orden.

Phil agita su mano. No puedo evitar reírme de él ahora que tiene su cabello totalmente rapado y en su cuello hay un tatuaje de verdad muy grande.

—Mierda. ¿Cómo es que te atreves a venir así por acá? La madame esta cerca ¿sabes?.

—Que me vea de una vez, no me importa. Y de por si he tenido muchos problemas con este nuevo reportaje. Tu vigilante apenas me dejó entrar. No creía que era tu primo. Si no fuera por esa secretaria tuya.

Mi expresión cambia de burlona a seria. Él nota la tensión que Candace ejerce sobre mí.

—¿Acaso te nombré al demonio?

—¿Tienes un cigarrillo? —pregunto con deseos de hacer algo que me haga

olvidarla.

—¿No lo habías dejado?

—Sí, lo había dejado pero ahora se me antoja ¿tienes o no?

—Ten —me lanza la caja. Me acerco a la mesa y tomo un pequeño encendedor. La llama amarilla enciende el papel y absorbo aquel humo amargo que se mezcla con la bebida de mi boca y que ni aun así empaña el sabor de la saliva de ella.

La puerta suena de nuevo. Con mucho cuidado ella la abre. Mi primo la saluda con familiaridad y ella le regala una sonrisa.

—¿No dije que no me molestaras? —pregunto de mal humor. Las aletas de mi nariz se dilatan. No soporto su presencia pero al mismo tiempo la necesito, la quiero desesperadamente entre mis piernas.

—Lo siento, señor Miller, pero lo llama el señor Thompson. Quiere hablar con usted urgentemente.

—Estoy ocupado. Que espere. Ahora váyase.

La puerta se cierra. Phil suelta un silbido mientras no escapa de su sorpresa. Él me conoce. Sabe que me pasa algo y aunque odio admitirlo me muero por contarle justamente como me siento.

—Pobrecilla. Ella no tiene la culpa de tu mal humor.

—Cierra la boca.

Dejo el cigarrillo encendido en el cenicero. Me siento en la silla giratoria y doy el último trago a mi vaso. El líquido quema mi boca pero pasa sin problema. Este es mi tercer vaso, ahora estoy menos tenso.

—¿Sucede algo?

—¿Qué quieres que te diga? Todos los problemas se acumulan. Mi abuela y su fiesta. Connor, tener que ver su asqueroso rostro y Candace Green quien no puedo venirse más provocativa que nunca.

—Podríamos empezar por tu mal humor. Siempre estás de mal humor pero hoy eres insoportable.

—¿En realidad quieres saberlo? ¡Señorita Green! —grito a pesar de tener el intercomunicador.

En pocos segundos llega la mujer agitada.

—Dígame, señor Miller.

¿Decir? No quiero decirle nada, solo necesito que ella venga y calme aquella inquietud que tiene mi miembro mientras camina agitando sus caderas.

—Sírname dos trago —le ordeno.

Escucho su respiración profunda. Me agrada fastidiarla, me gusta cuando se traga su impotencia de gritarme. Mientras se acerca cuidadosamente hacia el mini bar no dejo de mirar su trasero, Phil también le da una mirada fugaz mientras que yo solo degusto con la vista las curvas de su cuerpo.

—Aquí tiene —dice con la más falsa de las sonrisas.

—Lárguese. Que no nos interrumpa —agito mi mano de forma grosera. Ella lo odia y me excita su odio, su resistencia.

—Estás loco, eso podría considerarse acoso sexual.

—Dime algo que no sepa.

—Te tiene loco. Lo sé —sus dientes blancos se muestran en una sonrisa estúpida.

—No digas tonterías.

—No lo son. Estás loco por ella. Sentí la tensión entre ambos. Ahora sé qué es lo que te pasa.

—No es verdad. Ni siquiera yo tengo idea de lo que me pasa.

—No te hagas el tonto. Sabes que ella te gusta. Se te nota, pero no deberías tratarla así o solo la vas a espantar con tu mal humor.

—No lo haré. Ella me pertenece.

—Estás desquiciado, pero en fin. Tú sabrás qué pasa con ella. Sólo vine a visitarte un rato y ver cómo tomas lo del sábado.

Golpeo el vaso contra la mesa. El sonido ensordece la habitación. Le doy la espalda, contemplo la vista, parece congelada, fría. Mi cuerpo se siente pesado. Quiero partir la cara a Phil por recordarme lo de Connor.

—Si venías a eso, puedes irte.

—Tranquilo. Solo pensé que necesitabas que alguien re escuchara.

—Lo que necesito es que me dejen en paz, Phil. No tengo humor para saber sobre fiesta o sobre trabajo.

—Bien. Te dejaré solo. Pero sabes que si necesitas hablar puedes llamarme.

Respiro la paz de la soledad. Me recuesto en el sillón y cierro mis ojos. Lo primero que recuerdo son aquellas imágenes de Connor y siento un asco que revuelve mi estómago.

CAPÍTULO 10

CANDACE

Odio cuando está de un humor insoportable.

No solo es el asunto de correrme de su oficina para estar a solas. También está con que yo tengo que dar la cara a personas importantes e inventarle excusas de peso para justificar su falta a las reuniones.

—Es la asistente del señor Smith en la línea. Quiere confirmar la cita de las 4 de la tarde. También hay dos llamadas en espera para él —Stephanie me dice por el teléfono.

Muerdo mi labio con fuerza. El corazón me martillea rápido por la rabia que sigue fluyendo en mi cuerpo. No soy buena para mentir. Odio tener que excusarme por los demás sin ninguna razón.

—Diles que tiene diarrea.

—¿Qué?

—Es que le digas que el señor Miller no se encuentra de humor porque parece tener la *monstruación*.

—Estás loca. Vas hacer que te despidan, Candace.

—A estas alturas no me importa —le cuelgo.

De verdad me da igual lo que me pase. Estoy cansada de tener que adivinar cuando es el jefe malhumorado o el hombre demandante que tiene que tenerme entre sus brazos.

¿Qué es lo que hay entre nosotros?

Yo no soy de su propiedad y a veces siento impotencia cuando con su simple voz ronca y masculina dice mi nombre y caigo como una tonta en sus estúpidos juegos.

—Ese hombre está loco —me dice Phil su primo con una sonrisa.

Ni que lo digas. Pienso pero solo le devuelvo la sonrisa.

A pesar de ser familia es totalmente diferente a Tyler. Es mas, parecen todos ser normales y Tyler una oveja negra cubierta de mal humor que cambia como las fases de la luna.

Los teléfonos siguen repicando. Los email llegan sin parar. El señor Wilson está impaciente en el mueble rojo de la sala de espera observando su reloj cada cinco minutos.

—¿Puedo entrar? —me pregunta ignorando a Phil. Puede que no lo reconozca con todo aquel nuevo aspecto de chico malo que lo hace ver rudo y alto aunque no tan alto como su primo.

—El señor Miller no puede...

—Por dios. Muchacha ¿acaso estás jugando conmigo?

—Dije que el señor Miller no puede atenderle.

De pronto hay tensión entre nosotros. Las personas me observan desde afuera. Todos esperan con ansias el baño de sangre que puede que se desate en este momento.

—¡Whoa! cálmense todos —Phil dice suavemente—. Vamos, señor Wilson, no tiene que impacientarse, la señorita no tiene la culpa de que mi primo no pueda atenderlo.

—Necesito que me dé su consentimiento para mandar a imprimir los catálogos —explica hablando entre dientes, conteniendo su impotencia de seguir gritando—. ¿Señor Phil? —pregunta confuso.

—El mismo. Solo intenté un nuevo look. ¿Qué tal queda? ¿a poco no me quedó genial?

—Bueno, es... diferente.

—Al menos no has me has arrojado tu billetera con miedo a que te la robe.

Poco a poco Phil distrae al señor Wilson y los dos empiezan a hablar tranquilamente. Noto que no hay mas tensión y cuando los demás la descubren se van a su lugar aburridos porque ya no hay pelea.

Hay una parte de mí que se siente mal porque pienso que si él fuera nuestro

jefe las cosas serían muy diferentes en este lugar.

Días mas tarde Tyler sigue con su mismo mal humor. Al menos no ha dado indicio de tocarme o querer decirme alguna indirecta sobre nosotros. En estos días se ha comportado de una forma rara. Como si algo perturbara su ya perturbada cabeza. Por su culpa hemos sufrido de grandes retrasos pues solo llega a su oficina y se encierra sin hablar con nadie. De vez en cuando me llama para que le sirva alguna bebida y se queda por un rato contemplándome, como si tuviera pensado en hacer algo pero cuando creo que lo va hacer solo me dice que me largue.

—Quizá debo ser más agresiva con él. Tomar la iniciativa —me dice Peter en el almuerzo. Cuando le explico lo raro que ha estado los últimos días.

—No sé, ve y quítate la ropa y siéntate en sus piernas.

—Eres un idiota. Ni siquiera sé por qué te cuento estas cosas. No te tomas nada en serio.

El pequeño cafetín está abarrotado de gente de la oficina pero aun así nos hemos conseguido un lugar medio tranquilo en una de las esquinas. El olor a la grasa frita de la hamburguesa de mi hermano me revuelve un poco el estómago.

—Solo soy realista. Tienes que ser atrevida o lo vas a perder.

Te preocupas por él. Quizás sea porque si te gusta el jefe —me guiña el ojo y yo le arrojo un trozo pequeño de tomate a su camiseta.

—¿Sucede algo? —Stephanie pregunta con una enorme bandeja llena de dos hamburguesa y una malteada de fresa.

—¿Cómo es que comes tanto y no engordas?

—Es que todo lo que como se le va a las tetas —Peter bromea y ella le da un fuerte codazo.

—Siempre tan sensible, Peter ¿Cómo es que consigues mujeres con ese humor?

—Es que soy un imán. Nadie se me resiste.

—Oh por dios, tengo arcadas —digo mientras finjo que voy a vomitar.

Mi hermano se enoja, cruza sus brazos. No soporta que se bromea con él.

—Candy sale con el jefe —suelta la bomba sin mas y la mesa queda en silencio.

Solo se escucha las risas de los demás compañeros. Nadie parece habernos escuchado y yo debato mentalmente si le arrojó la ensalada o ensarto mi tenedor en su ojos.

—¿Qué dices? —pregunta Stephanie agitando aquellas enormes pestañas falsas y pegajosas de tan rímel negro—. ¿Tú sales con el señor Miller?

—¡Dios! ¿no puedes gritarlo un poco más? Los de la mesa de atrás no pudieron escucharte.

—Lo siento. Solo es que... ¿desde cuándo?

—No estoy saliendo con él —susurro mientras bajo la voz.

—Es verdad. Solo coge con él —Peter aclara.

Yo le pateo la pierna bajo de la mesa. ¿Acaso no se cansaba de meterme en problemas? Lo miro seriamente, como si realmente pudiera degollarlo con mis propios ojos y él solo se encoje de hombros como si no fuera nada importante.

—No es así. Pero por favor. No digas nada.

—¿Entonces cómo es? ¿Salen o no?

—Sólo fue un par de veces —mastico mi trozo de ensalada con dificultad.

—¿Par? —Peter alza su ceja—. Hermana, no tenía ni idea.

—Tú cállate, no tienes derecho de hablar.

—No sabía que no querías que lo supiera —Stephanie dice algo herida.

—No, no es eso. Solo es que no sé si era importante. No fue nada especial. Mi estómago arde por la mentira.

—Pero aun así. Somos amigas ¿no? Tienes que confiar en mí. Nunca le diría a nadie. No soy como éste.

Peter rueda sus ojos.

—Ya me han echado a perder el almuerzo —toma su bandeja y se marcha dejándonos a solas.

Stephanie por un segundo parece pensar algo y lo suelta.

—¿Qué tan serio es?

—No es serio. Simplemente cree que le pertenezco y yo como una tonta solo sigo aquel estúpido juego sin poder detenerme, como si fuera algo imposible.

Le cuento todo lo que ha sucedido, desde la noche en la oficina, la ida a su departamento y cuando él fue a mi casa. Mi relato la deja con la boca abierta. Ella no puede creerlo, yo tampoco porque todo parece ser un sueño efímero que se funde como un recuerdo lejano.

Me siento bien en contarle todo. Después de todo somos amigas. Las dos estudiamos juntas de pequeñas y tanto mis hermanos como yo la consideramos una más de la familia.

Cuando regreso a la oficina me encuentro con un despacho vacío y la pilas de papeles amontonados sin firmas. La botella de whisky escoses se ha terminado por completo y debido a que ni siquiera ha dejado que el personal de limpieza entre a interrumpirlo, el lugar se convirtió en una mazmorra asquerosa.

Lo llamo por teléfono. Me lo apaga adrede. No le importa que hoy tenga reunión y que después tenga que ir a cerciorarse por si mismo como va todo con la nueva campaña para los vestidos. Tyler simplemente desapareció y le dejó todo el peso a su secretaría, a la única que los demás creen culpable de sus achaques de mal humor.

A eso de las 5 estoy lista para irme aunque la mayoría de los empleados salieron antes por eso de la fiesta de la Madame. Pero yo no pude antes se asegurarme de que cada cosa estuviera en su sitio.

Bajo para irme con Stephanie. Ella me llevará en su auto a casa. Ambas nos despedimos de Kevin cuando mi teléfono sonó.

—¡Aló! Dígame, señor Miller.

Su respiración se escucha a través del auricular. Es pesada como la de un toro furioso.

—Necesito que me traiga el contrato de la revista Moda —su voz seca golpea mis oídos.

—Ya salí, señor...

—Cierre la boca. No me interrumpa. Solo tráigame el contrato lo más rápido posible.

Mi amiga me observa divertida. Le parece casi romántico y gracioso que Tyler no quiera que vaya a casa a descansar de una vez por todas. Me regreso sobre mis pasos. Me aseguro los papeles en una carpeta y bajo de nuevo.

Stephanie conduce por la ciudad. Ella me habla pero no la escucho, solo sigo en la bruma de mis pensamientos, pensando en las mil y un maneras de poder ahorcar a mi jefe pero en vez de eso solo pienso en Tyler, en que lo extrañaba sin darme cuenta que me tocara de nuevo, que me hablara sucio al odio mientras observa como me derrito entre sus piernas.

Stephnie dejó estacionado su pequeño escarabajo del 60 dos calles antes de llegar a aquel enorme hotel con forma de castillo. A las afuera las personas hacían fila para entrar a lo que era el evento del año. Los flashes de las cámaras, las luces enormes que generaban un denso calor parecían intimidarme mientras que a las personas importantes solo les parecía una alfombra más donde entrar cuando pasaban por las enormes puertas de cristal.

—No puedo creer que entremos a la fiesta de la madame —dice ella arreglándose sus pechos para que queden lo más elevados posibles.

—No venimos a divertirnos.

—Por favor. ¿Cuántas oportunidades creen que tienen los demás para entrar a una fiesta como ésta?

Tiene razón. Ni siquiera somos dignas de aparecer en este lugar donde el glamour se ha posesionado de cada pared y rincón del hotel.

Luego de dar mi nombre al guardia de la entrada ambas nos acercamos al salón de fiesta. La recepción está animada. Hay música en vivo y los meseros se pasean con mejores trajes que los nuestros para repartir bebidas y canapé.

—Esto es precioso —digo admirada por los centros de mesas lleno de flores naturales.

—Si logras levantarte al jefe puede que vengas a muchas de estas.

—No empieces, Stephanie —le regaño mientras caminamos confundidas y realmente impresionadas por la belleza de la estructuras y sus invitados.

Gente famosa, modelos, cantantes, políticos, empresarios, todos aquellos que ambas mirábamos en los periódicos o la televisión están en la gran fiesta de cumpleaños.

Mientras seguimos avanzando nos topamos con la madame y su hija ambas vestidas como hermosas hadas oscuras con vestidos de noches que moldeaban sus figuras esbeltas. Ella tiene su cabello recogido para mostrar su largo cuello elegante y su hija tiene ondas al estilo de los años 20 que la hacen verse peligrosa.

—Candace —ambas me saludan y me sorprende que recuerden mi nombre.

—Feliz cumpleaños, Madame.

—Esta fiesta es hermosa y ustedes parecen de portada —mi amiga suelta víctima de la emoción—. En serio feliz cumpleaños. Y disculpen por no traer un regalo, madame.

—Stephanie, no importa, lo importante es que estés aquí.

—Que bueno, no fuimos invitadas, el señor Miller le pidió a Candace que le trajera unos contratos.

Un par de risas fuertes se escucharon. La música cambia de ritmo suave a uno más pegajoso y varias parejas se van hacia la pista.

—Pobre de ti que tienes que lidiar con ese hombre —dice tomando mi mano—. Cuando lo vea le diré que te suba el sueldo. Haces demasiado para lo que te paga.

—No se preocupe, señora Elizabeth.

—Nada de señora. Me haces sentir vieja. Dime Elizabeth. Las dos pueden decirme así y si buscas a mi hijo puede que esté por el bar —señala a la derecha.

—Ah, y siéntanse con la confianza de estar en la fiesta —la Madame finaliza y se despide.

—No puedo creerlo. Te has ganado a la suegra y a la abuela. Ahora falta convencer al hijo.

No digo nada. Estoy lo suficientemente nerviosa en estos momentos. No quiero tener que encontrarme con Tyler. De seguro que debe estar con su

humor de perros y yo solo quiero llegar rápido a casa y dormirme.

En algún momento de la fiesta Stephanie se separa de mí. A ella le gusta mas este tipo de eventos donde se siente en confianza para poder hablar con las personas. Mientras tanto yo me llevo al bar que está un poco más tranquilo. La barra apenas tiene un par de personas y puedo ubicar rápido al señor Miller en el fondo. A su lado hay una mujer rubia conversando muy amena a su lado. Ella en todo momento acaricia su brazo y trata de llamar su atención coqueteando como una verdadera zorra y me molesta sin poder encontrar una explicación.

—Señor Miller —me acerco a ellos.

La mujer me mira de arriba abajo. Sé que piensa que no encajo en ese lugar. Después de todo no tengo un traje de noche rojo que muestre mis grandes pechos como ella y tampoco una costosa gargantilla de diamantes.

—Señorita Green. Se tardó bastante —me reprocha.

Tyler se ve realmente guapo esta noche con ese traje negro y la corbata de lazo.

La rubia parece de pronto ser olvidada, aunque ella marca su territorio mientras enrosca su brazo contra él y presiona sus bellos pechos contra su carne.

—Por favor, Melanie. Estoy ocupado en estos momentos.

—Bien. Pero si cambias de opinión sabes mi número de habitación —se acerca hacia él, besa sus labios y como gata en celo se retira lentamente.

Ahora los dos estamos solo. Fijo mi mirada hacia la barra. El camarero atiende un par de tragos al otro lado. Nadie parece tener ganas de conversar por eso solo se escuchan los murmullos de la fiesta. Mi rostro se refleja en la barra de madera oscura. Mis cabellos parecen sueltos. Estoy hecha un completo desastre, ni siquiera me dio tiempo de limpiarme el brillo de la cara. No sé por qué pero quiero arreglarme, estar presentable para el señor Miller.

—Tome asiento ¿quiere tomar algo? —pregunta con tono neutral.

Yo niego con la cabeza pero él decide ignorarme.

—Dos más de esto —señala el vaso minúsculo de cristal.

Enseguida el hombre nos sirve dos de eso.

—¿Es necesario que me quede? —pregunto incómoda.

—Pues, claro que lo es —de pronto sonrío. No parece el tipo malhumorado. Los tragos le están haciendo efecto.

¿Desde Cuándo ha estado tomando?

—Creo que es suficiente —le digo sin poder evitarlo.

Él no me dice nada, solo me observa en silencio como muchas veces. Su enorme mano toma la mía. La siento fría sobre mi piel sudorosa.

—Señor Miller. No creo que sea correcto —volteo para todos lados, nadie nos observa.

—¿Qué paso con Tyler?

—¿Cómo qué pasaba con Tyler? Es obvio. No puedo llamarlo así en publico.

Está realmente bebido. Puedo sentir el olor a alcohol mezclado con el perfume de ella. Su piel blanca tiene marcada un par de labios rojos. Instintivamente paso mi pulgar ahí, trato de borrar la mancha tan rápido como puedo, quiero borrar todo rastro de ella.

—Con más cuidado Candance. No querrás fundirme la piel —me toma la muñeca y se queda así por un rato.

—¿Qué sucede? —pregunta.

—Tiene una mancha de labios en la mejilla. Solo eso —retrocedo pero me lo prohíbe. Ahora sus brazos me atraen hacia él, me acerca como puede a su calor. Yo tiemblo. Tengo miedo que nos vean, que alguien pueda descubrir esto.

—Por favor. No, señor Miller —le imploro y me suelto como puedo.

—¿Qué le pasa? —grita molesto.

—Pueden vernos y se puede meter en problemas.

—Me dan igual los problemas, Candace. Yo solo quiero estar cerca de usted.

Acto seguido, se levanta y me besa intempestivamente. Ambos movemos

nuestros labios desesperadamente. Aprieto mis ojos. No me he dado cuenta de lo mucho que me hace falta tocarlo y sentir su cuerpo sobre el mío.

—Tyler —suelto sobre su boca mientras siento en mi muslo el bulto de su entrepierna.

—No sabe cuantas ganas tengo de quitarle ese maldito traje ahora mismo, Candace —me da vuelta. Su brazo rodea su cintura y me aprieta contra él para sentir su erección en mi trasero.

La presión de nuestros cuerpos, el calor que emana en mi interior me vuelve por completo. Yo también quiero. Quiero sentir su piel, la fricción de nuestros cuerpos, su carne en mi interior.

—¿Acaso no lo deseas? —muerde mi cuello. Yo aprieto mis ojos.

—Sí —suelto con la voz quebradiza.

Claro que lo quiero. Necesito tenerlo dentro de mí. Me urge que me toque, que me haga estallar mientras me eleva hacia las estrellas.

—¿Sí, qué?

—Te deseo, Tyler —confieso y me gano un mordisco en la oreja.

Me giro hacia él, dejo que su pierna roce la humedad de mi entrepierna, que mis jugos chorreen su pantalón mientras me como su boca con urgencia. Lo necesitaba, quería calmar mis ansias de él ahorita mismo.

Su teléfono suena. Ambos nos separamos de mala gana. Su boca hace una mueca, la misma que siempre tiene cuando algo no le sale como lo esperaba.

—Ahora mismo, creo que debemos esperarnos —me dice tomándose de la mano de nuevo. Esta vez me besa lentamente y recoge un mechón de mi cabello para colocarlo detrás de la oreja.

Los dos caminamos alejándonos de la barra. Lo sigo de cerca mientras caminamos por toda la fiesta hasta una mesa donde un hombre mayor lo espera con una copa en la mano. Puedo reconocerlo. Es el señor Smith. Su inigualable calva lo hace irreconocible así como unos ojos pequeños que parecen como si los tuviera cerrado todo el tiempo.

—Albert. Aquí tengo el contrato —dice mientras le coloco los papeles con cuidado sobre la mesa.

El hombre se fija en mí. Me sonrío amablemente. Coge un costoso bolígrafo negro de su bolsillo y plasma un garabato en forma de firma sobre el papel.

—Me complace hacer tratos con ustedes. Sé que este convenio fortalecerá nuestras empresas, Tyler —le tiende su mano que da por finalizado el trato—. Gracias por aceptarnos y espero que sane rápido de su diarrea.

—¿Diarrea? —dice entre dientes y me atrapa en una risa burlona que me declara culpable de la broma.

—¿No era acaso por eso que no podía atenderme?

—Sí, claro. Lo siento. Es que todavía sigo un poco mal. ¿O no? —me pregunta serio—. Bueno, creo que será mejor que llegue a casa antes de que vuelva de nuevo.

Los dos se despiden. Guardo los papeles en mi bolso con mucho cuidado. La cercanía de Tyler me vuelve alerta. Su brazo roza el mío cuando me susurra una advertencia al oído:

—Esto no se quedará así, Candy.

—¿Qué? ¿Qué hice? —me hago un poco la tonta lo que parece gustarle.

—Has sido una chica muy mala ¿sabes?

—¡Aquí estás! —Elizabeth toma el brazo de su hijo—. Espero no interrumpir nada —dice suspicaz.

—¿Qué puedes interrumpir? —Tyler suelta a la defensiva.

—No me grites —ella lo regaña.

Puedo ver su impotencia al no poder contestar; así que decido que me agrada Elizabeth por ello.

—¿No te da vergüenza con Candace? Encima de que la obligas a venir fuera de las horas de trabajo vienes y me haces esos papelones. Eres un mal jefe —su dedo toca su hombro muchas veces de forma irritable—. Ahora necesito que te vengas conmigo. Nos falta tomarnos una fotos para la revista y quieren entrevistarte ¿Me lo prestas un segundo Candace?

Me quedo en silencio. Ella lo interpreta como una afirmación y se lo lleva lejos de pero antes de perderlo de vista me dice que lo espere en ese lugar.

Con todas aquellas personas que en estos momentos se agrupan en frente de la blanca tarima donde una mujer canta dulcemente al ritmo sensual de un saxofón. Con movimientos dramáticos atrapa a la multitud, incluso yo le presto mi atención cuando canta sobre el amor y la pasión de una forma totalmente sensual que hipnotiza a todos los que se encuentran en el salón.

Al finalizar una lluvia de aplausos la cubre. Escucho toda clase de halagos para ella y el sujeto del saxofón.

—Es extraordinaria ¿no? —pregunta la voz a mi lado.

—Sin duda. Es hermosa esa canción —me giro para decirle algo más hasta que al verlo siento que cambia todo.

¿Tyler?

CAPÍTULO 11

TYLER

La entrevista fue más de lo mismo. La reportera no paró de hacerme preguntas personales sobre mi vida sin importarle que yo sea el presidente de una de las casa de moda más importante del país y del mundo.

Siento mi tiempo perdido.

En estos momentos debería estar rumbo a mi departamento con Candace entre los brazos. Me muero por probar cada rincón de su cuerpo y hacerle estremecer hasta que enloquezca. ¿Dónde está?

La marea de personas no me deja ubicarla. Todos son obstáculos que me impiden llegar hacia ella. Candace no está en el sitio donde la he dejado.

¿Acaso no Puede seguir una simple orden?

Mi paciencia parece agotarse. Estoy de verdad furioso con ella por no quedarse en el lugar que le he dicho. Me acerco hacia el escenario. Sólo hay músicos tocando jazz que tanto le gusta a la abuela. Las personas me saludan y las ignoro.

—Ahí estás —dice Elvira saludándome con un beso en la mejilla—. Phil te esát buscando. Quiere hablar contigo antes de que... bueno ya sabes...

No la entiendo hasta tres segundos después. Recuerdo quién está aquí. Aún no lo he visto, me he mantenido alejado de todo el bullicio con tal de no toparme cara a cara con Connor y su expresión llena de cinismo.

—Ahora no tengo tiempo. Tengo prisa por irme. No quiero saber de Connor, eso déjasele claro a todos.

—Lo sé. Pero solo quiere evitar que arruines la fiesta de cumpleaños de la madame.

Respiro profundamente. Casi me contengo para no gritarle. Ella me cae muy bien en realidad y es la esposa de Phil desde hace mucho tiempo.

—Sabré controlarme.

Me aparto de su camino. Sigo en búsqueda de Candace. Es tan diminuta que es fácil no poder encontrarla hasta que al fin distingo su delicada silueta cerca de la enorme ventana que da hacia los balcones. A prisa me dirijo al punto de encuentro. Observo que sonrío, ella parece hablar con otra persona y la idea me disgusta.

Aparto las personas a empujones. No soy consciente si me insultan o no. Sólo quiero llegar y tomarla pero no puedo porque sigue hablando con lo que parece ser un sujeto.

Puedo reconocer su perfil y aquella cara de imbécil que la hace reír con alguna estupidez.

¿Qué mierda sucede? Candace ríe dejándose enredar en el juego. Maldición.

Me apresuro. La tomo fuerte por el brazo. A estas alturas no me importa si le hago daño, sólo deseo que deje de hablar con este mal nacido.

—¿Qué hace? —pregunta resistiéndose.

Me siento en ridículo. Quiero que se calle y me obedezca, así de simple es la cosa pero ella piensa distinto.

—Vámonos —la atraigo hacia mí, y me empuja asombrada.

—Tyler, por favor... —intenta mediar pero sólo lo golpeo tan fuerte que mis nudillos sangran y él cae al suelo.

—No te atrevas a tocarla ¿entiendes? —le advierto y me importa un pepinillo si todos me escuchan.

—Tyler —grita mi abuela. Ella se acerca con todos los demás.

Todas las miradas son para nosotros, para mí y para Connor quien tiene el labio completamente partido. El cobarde sólo intenta mantenerse en el suelo incapaz de enfrentarme como un hombre de verdad.

—Estás loco —suelta con una calma que me exaspera—. No tenía ni idea de que era tu chica.

—Tú nunca tienes idea de nada —quiero ir por más. Lo tomo por el pecho, siento como su camisa se desgarrá entre mis dedos mientras estamos cara a cara.

—No es de tu propiedad —dice entre dientes y se defiende.

Su puño me da en la mandíbula. Mi carne arde por el impacto pero es menor a las ganas de poder romperlo hasta volverlos nada, pero Phil no me deja porque me está sosteniendo y al mismo tiempo evitando un derramamiento de sangre.

—Oye, será mejor que te calmes, Tyler. Estás arruinando todo —grita mientras me hace retroceder—. Candace, llévatelo, ahora.

Todos se alejan. Tienen miedo a tropezarse con mi furia. Mi abuela y mi madre evitan mirarme. Todos se preocupan por Connor sin preguntarse por qué lo ha hecho. Sé que buscan respuesta pero jamás les dirán el verdadero motivo de mi odio hacia él.

La cabeza me duele y de nuevo los recuerdos están otras flotando sobre mí. Sobre Connor y mi odio hacia él. Candace me sigue a la salida en silencio. Dándome la espalda no me permite saber si está verdadera furiosa conmigo, pero no hace falta ser un adivino. Yo la he lastimado y ahora me arrepiento por ello.

—¿Qué haces? —le pregunto cuando noto que sigue de largo ignorando mi auto—. Maldición, Candace —la tomo por el brazo pero me golpea y me hace retroceder.

—No me toques; nunca en tu vida vuelvas hacerlo, Tyler.

Mi instinto me grita que tome su mano pero me obligo a frenarme. Observo miedo, rabia. Ella me teme, me odia. Soy un imbécil, no pensé en como ella se sentiría cuando la apartaba de las garras de Connor. Hasta en eso él me jode.

—Está bien. No te toco pero sube al auto.

—No lo haré —me da la espalda de nuevo.

—No te hagas la difícil, Candace. Sube al maldito auto antes de que termine de perder la paciencia y...

—¿Y qué? ¿Vas a pegarme? ¿O vas a intentar romperme el brazo de nuevo?

—Sabes que no fue intención hacerlo.

—¿No? Porque lo que yo sentí fue una cosa diferente. Y si tú crees que puedes hacer lo que se te venga en gana conmigo, estás equivocado. No soy un muñeco que puedes zarandear cuando te plazca.

—Sólo cállate y entra de una maldita vez —subo la voz. Mi garganta se quema con la fuerza de mis palabras. Trato de tranquilizarme pero esta mujer me deja las cosas muy difíciles de pronto.

¿Por qué tendría ella que enojarse conmigo? Yo fui el que la encontré coqueteando con ese imbécil. Mis ojos fueron testigos de como ambos conversaban y reían mientras le tocaba su lacio cabello.

—Vete al infierno, Tyler —intenta darme la espalda de nuevo.

—No hagas todo esto más difícil —intento calmarme pero la furia me aprieta el pecho y hace que todas mis articulaciones me duelan. En este momento mi intención es romper algo hasta que mis manos se duerman del dolor.

—Tú eres el que lo hace difícil. ¿Por qué te comportas como un imbécil? ¿Qué te hizo para que te comportes así?

—Connor es mi problema.

—¡Sí! Entonces ve y resuelve tu problema con él y no me metas.

—¿Que yo no te meta? Tú eres la que estaba coqueteando con él. Yo los vi. Te vi sonreír y dejarte tocar por él cuando sabes que eres mía, Candace.

—No me vengas con esa frase estúpida y retrógrada. Tú no eres mi dueño y yo puedo hacer lo que se me de la maldita gana. Para eso soy una adulta.

Las lágrimas empiezan a dejar caminos brillosos en su rostro. Es la primera vez que la veo llorar y no puedo sentirme peor por ello.

Me siento un imbécil. Me odio a mí mismo.

—Lo siento —intento decir pero mis palabras sólo son agujas que perforan mi garganta.

No puedo con esta impotencia. Por mi culpa no para de llorar y no sé qué hacer en este momento salvo que tirarme de mi propio cabello.

Entonces, su amiga, la tal Stephanie viene por ella y hace lo que yo no he

podido hacer en toda la noche. La abraza y evita que siga derramando lágrimas por mi culpa.

CAPITULO 12

CANDACE

Es un demonio precioso que me ha aterrado.

Jamás pensé que Tyler fuese capaz de comportarse de esa manera. Su forma de gritar y tomarme por la fuerza en aquella reunión me hizo abrir los ojos y meditar si estaba haciendo lo correcto.

¿Por qué todavía pienso en él? Soy una tonta que sigue llorando mientras que mi pecho duele cada vez que me acuerdo de sus gritos de terror sobre mí. Su fuerza apretando mi brazo hasta el borde de lastimarlo. Tyler se ha enneguecido de rabia y no se ha dado cuenta que habíamos personas a su alrededor. No le importó porque en ese momento sólo tenía un objetivo fijo. Su hermano Connor.

El parecido de ambos me ha dejado sin aliento. Ambos hombres son exactamente iguales pero con diferencias que podían delatarlos en fracciones de segundos. Por lo poco que conocí de Connor me di cuenta que es alguien encantador, su aire relajado me hace sentir mucho más tranquila a diferencia de Tyler con quien siempre tengo que estar en guardia. Hablar con Connor, reírme de sus tonterías es mucho más fácil que tratar de adivinar aquellos pensamientos nebulosos de su hermano.

Además está esa forma radical de vestirse. Tyler siempre en trajes costosos, corbata que combina con zapatos relucientes. Ver a Connor es ver una versión casi insana de su hermano. Él es el único que no vestía traje y su smoking era solo una chaqueta de cuero negra que se adhería a su fuerte musculatura. ¡Por dios! También usaba jeans, lo que resulta gracioso porque Tyler jamás pensaría en usarlos.

El timbre de la casa suena un par de veces. Yo evito hacer cualquier movimiento, no quiero moverme de mi comfortable cama y menos separarme

de mi gato de peluche. Sé que debo verme ridícula de esta manera. Toda infantil, con un mono grueso y medias dispareas que me llegan a los tobillos. Es como si pasara por un estado frágil y delicado donde temo poder romperme.

—Candace —la voz de Scarlet me sorprende. Ella tiene una de esas sonrisas cómicas y cómplices en su cara—. ¿A que no adivina que pasó?

No contesto. Me limito a ver la hora en el reloj. Son las 9: 45 am—. ¿No debes estar en la escuela? —frunzo mi ceño. Ni siquiera la veo con su uniforme.

—Llamé al colegio. Dije que no iría porque te tengo que cuidar.

—Yo no estoy enferma.

—Yo creo que sí. Es la primera vez en años que te veo en tu cama un día de semana a media mañana.

—Me tomé el día libre —respondo con la absoluta verdad. Es un día libre. Me lo merezco después de lo que me hizo pasar—. Y quita esa rara cara ¿Qué tienes?

—Pues, te ha llegado algo hermoso. Ven deprisa a la sala; Tienes que verlo.

Su mano me toma sin contemplaciones. Me dejo llevar por ella como si me faltaran fuerzas para caminar. Arqueo mi ceja sin poder evitarlo. En la mesa y en el suelo hay como una docena grande de rosas rojas y blancas que me producen grima. Nunca antes he visto algo como esto. Ni siquiera pensé que Tyler fuera capaz de hacer algo tan ridículo como esto.

—Tiene una nota —ella da saltitos de alegría como si todo esto fuera solo para ella—. ¿No quieres leerla?

—Tira toda esta estupidez.

Él ni siquiera tiene la remota idea de lo que puede gustarme. Piensa que soy una mujer básica que se conforma con este tipo de cosas tontas y cursis.

—¿Tirarlas? ¿Te has vuelto loca? De seguro le habrán costado una fortuna. Y son para ti.

Le doy la espalda y me devuelvo a mi habitación donde me pongo a leer un libro mientras disfruto de la tranquilidad que por primera vez en mucho tiempo

no sentía y aún así estoy inquieta. Hay algo que me esát carcomiendo. No sé si es la costumbre de tener que ir de aquí para allá, siempre a todos lados y correr casi descalza en la oficina porque ella él siempre se le antoja un nuevo capricho.

En menos de una hora Scarlet vuelve a llamarme.

—¿Qué? —pregunto irritada.

Mi hermana tiene un puñado de pequeños brillantes rosas que no paran de iluminar con chispas de luz las paredes de la casa. Me acerco un poco, observo esas piedrecillas que parecen casi genuinas. Los tomo lentamente, siento su dureza y aunque no era una experta intuyo que son diamantes de verdad.

—Ahora te regala una gargantilla de diamantes. Ese hombre si que es tierno.

—¿Tierno? No es tierno y deja eso. Ve y devuélvelo por correo. No quiero nada de ese señor en esta casa ¿lo entiendes? Para la próxima vez que traigan algo solo dile al mensajero que puede metérselo por todo su...

—Calma. Esát bien. No tienes por qué exaltarte. Él parece hacer un esfuerzo; tú no lo ayudas.

Resoplo. Se nota que ella no lo conoce.

El teléfono de la casa suena. No me apresuro a contestar porque sé muy bien que es él. Pero Scarlet corre como una tonta y sonrío sin dejar me mírame como si fuera cómplice.

—Hola, Tyler ¿Cómo estás? Yo, bien. Gracias. Sí. Ajá. Sí —mueve la cabeza con mucha eneríga y de vez en cuando me lanza miradas para que sepa que hablan de mí—. Claro. Yo le digo. ¿Qué? ¿los regalos? Bueno, sí. Son preciosos. Claro. Tienes muy buen gusto, es una lástima que mi hermana no tenga idea de como apreciar algo como eso ¿no crees? —suelta unas risas.

La verdad no me imagino a Tyler diciendo algo que haga reír a Scarlet. Su única diversión es el sufrimiento ajeno además de una pequeña dosis de azufre todas las mañanas.

—Bye. Cuídate —ella niega con la cabeza como si yo estuviera haciendo algo lamentable—. No puedo creerlo. Pobrecito. De verdad parece estar mal

por lo que sea que hayan pasado. Deberías perdonarlo.

—Tú deberías estar en el colegio, y deja de estar haciéndole caso a él. No vale la pena ¿bien?

—Deberías dejar de ser tan aburrida. Por fin, luego de tanto tiempo tienes un novio que es guapo y rico pero tú te empeñas en no perdonarlo. Sinceramente eres incomprensible. Cuántas no desearían tener la misma suerte que tú en estos momentos.

No digo nada más. La discusión se acaba en este instante. No seguiré hablando sobre amor y perdón con mi hermana de 15 años ¿Qué puede entender ella? A esa edad la idea del amor es muy distinta a la mía.

El resto del día fue igual de molesto. Cuando no eran flores venían libros, cestas de fruta, chocolates, zapatos, vestidos que jamás pensé que podía tocar con mis propias manos e incluso un perrito tierno que casi me hace ceder a sus encantos y el cual devolví antes de poder tocarlo.

Tyler no entiende que necesito espacio. Quiero alejarme de él y dejar de sentir la necesidad asfixiante de tener que depender de su presencia para poder sentirme a gusto. Como si fuera partículas de oxígenos que se expanden por el aire y las cuales necesito para poder respirar, vivir.

Esos síntomas me dan escalofrío. Todo casi pareciera indicar que de verdad siento algo por mi jefe, por este macabro imbécil que siempre me grita y gruñe como un perro rabioso.

Durante el resto del día me encierro en mi habitación y evito cualquier indicio para poder hablar con Scarlet a todo momento. No quiero que a su manera insinúe que debo hablar con él. No puedo, no quiero hacerlo.

En mi segundo día de vacaciones me siento peor que el anterior. Apenas pude dormir anoche. Cada vez que agarraba el sueño empezaba a soñar con Tyler y nada más con él. Muchas veces estábamos abrazados, yo sonreía mientras me recostaba en su regazo desnudo y dejaba que recorriera con su mano la curva de mis caderas. Esos sueños sólo indican que tengo la necesidad de él y yo quiero urgentemente purgarme de hacerlo.

Temprano en la mañana Scarlet ya está vestida para ir al colegio. Me alivia al menos que mi hermana no siga con la tonta idea de cuidarme. Yo no estoy enferma, sólo molesta y también tengo miedo de poder enfrentarlo. No

puedo saber cómo actuaré delante de él porque ambos hemos pasado una línea muy estrecha entre el sexo y el trabajo.

—Es él. ¿Qué le digo?

—Dile que estoy dormida, por favor. Sólo voy a tomarme el día.

Siento un dolor en mi pecho que se agranda cuando pienso más en él. Me duele que me crea una cualquiera y que de paso se pensara mi dueño.

—Dice que contestes el teléfono —insiste Scarlet.

—Dile que no puedo. Que en estos momentos me estoy muriendo —me cubro con la sábana.

Me siento tan infantil y enfadada.

—Es algo insistente. Dice que si no mueves tu trasero entonces date por despedida.

—¡Qué diablos! —me levanto de un tirón. No creo que sea capaz de hacerlo pero luego de meditarlo un rato sé que sí, sé que él es capaz de eso y de más sólo porque es Tyler Miller.

Tomo el teléfono. Mis manos tiemblan nerviosamente, me siento como una niña que hablará por primera vez con el chico que le gusta.

—¡Diga! —sueno lo más enfada que puedo. Quiero que sepa que de verdad lo odio.

—Venga ahora, señorita Green.

—No quiero —insisto pero es mucho mas insistente que yo.

—no se olvide que usted firmó un contrato conmigo y si no quiere vérsela con mis abogado más le vale darse prisa.

Le cuelgo la llamada. Sé que eso debió haberle molestado.

—¿Qué paso? ¿Llegaron a un acuerdo? —Scarlet me observa inmóvil desde la puerta con sus lentes torcidos que enderezo con mucho cuidado.

—Has crecido mucho. No me había dado cuenta de que casi eres de mi tamaño.

—¿Vas a perdonarlo?

—Tengo que arreglarme o llegaré tarde al trabajo.

—No te sirve que cambies de tema conmigo.

—Tú también vas a llegar tarde, Scarlet —la empujo suavemente, cierro la puerta y me recuesto en ella furiosa.

CAPÍTULO 13

TYLER

Todo eso es culpa de cola de caballo por su camisa. No me importa si es el hermano de ella. Solo quiero romperle esa expresión estúpida en su rostro en estos momentos.

Responde con voz temblorosa:

—Bien, lo siento, pensé que conocía a mi hermana. Creo que los regalos costosos no son lo suyo ¿Cómo iba a saberlo?

—Ese era tu maldito trabajo.

Tomo mi teléfono. Busco en llamadas marcadas y presiono. En poco tiempo una voz parecida a la de ella me contesta.

—Tyler —suelta sin tener ese lenguaje formal conmigo—. ¿Cómo va todo? ¿y ahora en qué piensas para reconquistar a mi hermana?

—¿Podrías pasármela? —ignoro su primera pregunta. Estoy muy impaciente para tener una conversación con ella.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Peter a mi espalda.

—Las cosas a mi manera. Como debí hacerlo desde el principio.

Impaciente cuento los segundos; dice que está dormida.

—Dile que si no viene la despido.

—¡Diga!

—Venga ahora, señorita Green —ordeno mientras contengo todo ese montón de palabras que quiero decirle.

—No quiero.

—No se olvide que usted firmó un contrato conmigo y si no quiere vérsela con mis abogados, más le vale darse prisa —intento decir algo más pero es tarde. Me ha colgado.

Ahora siento un poco menos de peso sobre mis hombros. Si no puedo tenerla de buena forma, entonces la tendré a mi propia manera así tenga que chantajearla con asuntos legales. Pero no me importa si eso la trae a mí, era mejor tenerla cerca y odiándome a que sea libre y yo no pueda ni siquiera verla.

—Bueno. Supongo que mi hermana lo que necesitaba era una voz firme.

—Vete.

—¿Qué? ¿y qué pasa con mi sueldo? ¿lo va aumentar o...?

—Sólo agradece que no te eche de patitas a la calle.

—Bien —sale corriendo asustado.

Todos hacen eso ahora. Sobre todo Candace.

Aun puedo recordar su rostro bañado en lágrimas negras, manchando su piel tersa y blanca sin atreverse a mirarme y todo por culpa de Connor. Aquel mal nacido hasta en esto me arruina la vida. No le importó destruirme aquella vez, ahora lo hace de nuevo y como siempre todos lo defienden y creen en esa fachada de gentileza de la cual yo parezco el único que veo más allá.

Conozco a ese sujeto desde las entrañas de mi madre. Ambos compartimos el mismo vientre, las mismas cosas e incluso hasta las mujeres. Pero no ésta. Candace no es para compartir.

El intercomunicador no para de sonar. Esa mujer es una verdadera inútil en estos momentos. Pero para mí es un alivio saber que Candace vendrá hoy mismo.

—Señor Miller, necesitan confirmar su asistencia a la reunión de las 11.

—No asistiré y déjeme en paz, señorita Silver. Puede regresar a su puesto. Ha demostrado ser tan inútil como su compañera.

Me recuesto en mi sillón. Chilla por mi peso mientras me giro suavemente y me encuentro frente a la pared de cristal que me separa del resto del mundo. Pienso. Sé que no es bueno pero no dejo de recordar los momentos de anoche.

No paran de reprochar mi conducta. Sé que soy la comidilla de la prensa pero ¡al diablo con todos! Sólo Connor, Phil y yo sabemos lo que realmente sucedió anoche y como fue que le partí la cara a mi hermano ante su mirada retadora. Yo oí cómo deseaba ganarme de nuevo. Pensaba que era el iluso de hace dos años, pero se equivoca, no dejaría que me hiciera las cosas dos veces.

Me siento impaciente. El tiempo se agota y no llega. Es obvio que me está retando. Sabe que de esta manera es más jodida la tortura. La puerta se abre enseguida. Mi corazón se contrae y revienta tan amargo como la bilis cuando el quien entra es Phil.

—¿No tenías que irte de viaje? —pregunto lanzándome de nuevo en la silla.

—sí, pero antes tengo que hablar contigo.

—No quiero escuchar sermones. Ya he tenido suficiente, si es lo que te interesa saber.

—Eres realmente insoportable, Tyler. No sé qué rayos te pasó anoche pero casi le revientas el brazo a esa chica y luego lo de golpear a Connor en la fiesta ¿sabes lo que eso supone para la abuela, para tu madre y la compañía?

—Pregúntam si me importa.

—Deberías. Jamás en la vida pensé que pudieras actuar con tanta violencia con alguien y más con tu secretaria. ¿Qué rayos te hizo?

—Es complicado, tú no lo entiendes.

—Oh, lo entiendo muy bien. Te has enamorado de esa chica y tus celos fueron el causante de aquella detonación.

—Te equivocas. Yo no pienso en ella de esa manera.

—Sí, Sí lo haces. Pero no quieres aceptarlo. Eso es una enfermedad ¿lo sabías? Se llama Filofobia, una vez escribí un artículo sobre ello. La sufren las personas que tienen miedo a enamorarse.

—No te pases de la raya, Phil. No hagas que me olvide de que eres mi primo.

Ni siquiera se inmutó con mi comentario. Phil está seguro que no me

atrevería jamás a atacarlo.

—Hablando en serio. Tienes que calmarte y seguir adelante. Olvídate de lo que pasó con Connor. No te digo que lo perdones pero sí déjalo ir o te harás daño y también a los demás.

—¡Por Dios! ¿Quién eres? ¿Una nena?

—Tú eres la nena, mírate. Pareces desesperado. Escuché que ella no vino ayer y que has estado de muy mal humor.

Me quedo en silencio. Sé que cualquier palabra será usada en mi contra.

—Mírate ahora. No dejas de observar a la puerta desde que llegué y sin mencionar que casi saltas encima cuando abrí la puerta pensando que era ella.

—Deberías dedicarte a las novelas. Eres muy bueno creando historias.

—Y tú deberías no intentar mentirme. Te conozco.

La puerta se abre en estos momentos. Candace está ahí, justo en frente de ambos con una expresión tan vacía y filosa que siento que me corta. Los tres nos quedamos en silencio. Ninguno trata de decir nada hasta que ella se acerca y saluda educadamente mientras tiene aquella agenda entre sus manos.

—Buenos días, señor Miller, señor Phil.

—Oh, dime Phil. No me gusta para nada eso de señor, Candace.

—No creo que sea debido.

—No me importa que lo hagas —le interrumpo— ya era hora que llegara, señorita Green. Sólo porque estamos muy ocupados con la nueva campaña pasaré esta falta, pero que no se vuelva a repetir.

Sentí su profundo odio. Al menos era mejor que el silencio de su respuesta.

—Dios. Dame un respiro —Phil suelta entre risas—. Mejor me voy. No quiero interrumpir sus horas de trabajo. Adiós Candace. Tenle paciencia a este huracán y tú cuídate —agita su mano y desaparece dejándonos a solas.

Me quedo en silencio.

Su boca es lo único que veo en este momento. Ella realmente se ve deliciosa. Su odio contra mí la vuelve irresistible. Desde esta distancia huelo

su sexo, ese aroma embriagador al cual me estoy volviendo adicto. Deseo en estos momentos apoderarme de su boca mientras la pongo de espaldas contra el escritorio.

Mis pensamientos viajan rápidamente y me traicionan. Tengo que hacer un esfuerzo para no moverme y que no se dé cuenta de lo dispuesto que estoy por ella.

—Hoy tiene un almuerzo con la señora Erika Fishpatrick y a las 3 una llamada con Brian Holder para concretar los preparativos del desfile, también está...

—¿Por qué me regresaste los regalos que te envié?, pensé que te gustarían.

—No necesito nada de usted, señor Miller. Salvo que me deje hacer mi trabajo.

—Y yo lo que necesito es que cierra la boca y me escuche —me levanto. Ella retrocede.

Huelo su miedo pero esta vez es diferente, no hay rastro de placer en su rostro, solo miedo profundo y oscuro, que hace que el estomago se encoja y quieras temblar. Simple y llanamente miedo.

Mis pies se congelan. Mis manos tienen el deseo de tocarla, de acariciar su perfecto rostro mientras la miro a sus ojos.

—Candace —no quiere que la toque.

—Será mejor que me ponga a trabajar. Hay muchas cosas que tengo que hacer.

Se escapa y no puedo hacer nada. Aunque me muera por gritarle, por tomarla ahora mismo no puedo, no me atrevo a poner un solo dedo encima.

Durante el resto del día no hago más nada que solo pensar en ella y en su dulce voz, en esa forma de sonreír que alegra mi vida. Incluso extrañaba esa manía e interrumpirme cada cinco minutos. Candace, era Candace y de cierta manera no puedo sacarla de mi cabeza. La muy maldita se clavó tan adentro que duele pensar en ella.

Su terror es peor que la frialdad de su mirada.

CAPÍTULO 14

CANDACE

Por eso era que no quiera venir y soportar esa intimidante presencia, su malévola sonrisa y mis ganas por acercarme y abrazarlo.

Quería hacerlo.

Tomarlo entre mis brazos, llenarlo de besos hasta que se me duerman los labios y todas mis ganas se van cuando recuerdo al Tyler modo bestia que me ha sacudido en la fiesta.

Si tan sólo no fuera irritable, si tan sólo no fuera mi jefe la cosa podría ser muy diferente para ambos, pero no. Él quiere que todo salga a su manera, pretendiendo que con regalos y obligándome a trabajar a su lado debo ceder.

Quizás puede que tenga algo de razón. Mi debilidad es su presencia, su cercanía. Me sienta bien aunque sea verlo a la distancia, sabiendo que está cerca pero no tan cerca, porque ese Tyler iracundo es al verdadero ser que yo temo.

—Hola Candace, me enteré que eres casi la dueña de la compañía —me dice Sabrina, la asistente de los ejecutivos.

—Cierra la boca y camina antes de que te apuñale el ojo con mi bolígrafo —contesta Stephanie en mi defensa.

—Creo que eso no sería bien en el ambiente de trabajo —le respondo—. Esta era unas de las cosas que más me temía.

—Sólo está celosa. Todas aquí quieren con Tyler. Incluso yo, pero él te eligió a ti entre todas.

—A veces no sé que haría sin ti.

—Te sentirías incompleta —bromea un poco—. ¿Quieres?—pregunta

mientras saca un trozo de brownie escondido en los cajones.

—Sí, por favor.

Durante todo el día he estado realmente ocupada. He tenido que hacer muchas llamadas y caminar de arriba abajo llevando papeles.

El silencio de Tyler es amenazante. . Velro sentado mientras me desnuda con los ojos cuando me acerco a servile el café es una verdadera tortura.

—Candy ¿me enteré que te tu regalo del día de la secretaria fue en un hotel de lujo —suleta al pasar Thomas de recursos humanos.

—¡Oye!, donde me vuelvas a decir Candy voy a...

—¿Qué rayos crees que haces? —pregunta Tyler a mi espalda.

Me volteo. Siento que es conmigo pero no, me equivoco. Él sigue derecho y se incorpora justo en frente de Thomas, listo para atacar. El pobre hombre parece temblar como una gelatina y se queda en silencio mientras espera algún movimiento de su jefe.

—Como tú o alguien más vuelva a decirle algo a la señorita Green, los hecho ¿me entienden? —grita para que todos escuchen.

Mis mejillas se ruborizan. Ahora soy el centro de las miradas, el hazme reír de media compañía y todo por su culpa porque ahora confirmaba que sí había pasado algo entre nosotros.

¿Por qué no se queda callado? Es mejor que se hunda en la oscuridad de su oficina a que venga a decir palabra alguna.

No aguanto más. Me largo. Ni siquiera me importa tomar mi bolso. En estos momentos lo que más quiero es poder salir de este lugar y respirar aire fresco lejos de los problemas que me están pisoteando de la peor de las formas.

Escucho mi nombre un par de veces. Lo ignoro. No quiero ni siquiera verlo. Yo necesitaba otro rato a solas y poder meditar para así ordenar cualquier tipo de sentimiento hacia él.

¿Qué me pasa? ¿lo odio o hay algo más? Porque siempre que está cerca me siento muy sensible, como si con tan solo el breve toque de una brisa me excitara e hiciera que mi corazón palpita fuertemente.

Contemplo el cielo gris y lleno de nubes negras. Apenas coloco un pie afuera de la compañía las gotas desciende friolentas en mi piel. El aire huele a tierra húmeda y parece surtir un efecto relajante en mí. Siento como poco a poco mi cuerpo se suelta, aunque el frío empieza a entumecerme las manos. Las gotas caen ligeramente en mi rostro y se resbalan por los surcos de las mejillas.

La calle es ruidosa. El tráfico se entorpece por la lluvia y causa una larga cola de autos que no paran de tocar la bocina. Bajo un par de cuadras mientras que la lluvia sigue en aumento y se convierte en una especie de torrencial. Todo ahora parece negro, me tranquiliza como se despejan las aceras y todos buscan guaracerse de la lluvia mientras me observan a través de los cristales de las tiendas y las paradas de buses.

Soy la loca que camina bajo la lluvia. De seguro que he de parecer ridícula mientras tengo mi traje de oficina adherido a la piel. Mis zapatos se empapan de agua. Me los quito y los sostengo con mi mano. La sensación de estar descalza es revitalizante. Siento como corrientes de energía se introducen dentro de mis pies mientras siento ese confort de no estar apretujados.

El motor de una moto me advierte que tengo que echarme hacia un lado. No sé quién es pero un imbécil se sube por la acera y conduce lentamente a mi lado mientras trato de ignorarlo pero su voz hace que me detenga.

Connor parece sorprendido de verme en medio de la lluvia. Sé que es él porque la fracción de sus ojos son tan idénticas a las de Tyler que me pareciera haberlo visto a él. Pero su chupa de cuero y las botas al estilo militar lo delatan.

—¿Qué haces aquí? —arruga su rostro confundido y yo me siento igual porque en esos momentos es exactamente como Tyler.

—Sólo quiero caminar un poco.

—Deberías dejar de hacerlo o vas a enfermarte.

—No, está bien. Soy una persona fuerte.

—Eso no lo dudo. Tienes que ser fuerte si piensas trabajar y convivir con Tyler. No todo el mundo sabe manejar el tema de su humor.

—Sí —el dolor en mi pecho se aviva.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio.

—No, gracias. Seguiré caminando.

—Puedes esperar a que la lluvia cese mientras tomas algo de chocolate caliente. ¿Qué dices? —me señala con su cabeza el pequeño café a mi lado.

Dudo unos momentos. De nuevo pienso en la reacción de Tyler, en lo loco que se había puesto por estar cerca de Connor, como si yo lo estuviese engañando. Mi respuesta iba a hacer negativa, pero entonces sólo pienso que él no puede prohibírmelo. Yo puedo hablar con quien quiera, no le debo nada a Tyler, yo no soy su juguete, soy una persona que tiene libertad de hablar con quien se le dé la gana.

—Sí —asentí.

El olor a café y dulces parece mi nirvana.

Descalza y empapada me dirijo con Connor hacia un pequeño rincón cerca del ventanal de local. Desde ahí observo las gotas de agua caer sobre el vidrio y no puedo evitar quedarme en el trance melancólico por unos instantes.

—¿En qué piensas? ¿quizás en Tyler? —su gruesa voz me hace reaccionar.

—¿Qué? ¡No! Sólo miro la lluvia. Me trae recuerdos.

—¿Sobre mi hermano?

—No —niego con la cabeza—. No todo lo que pienso tiene que ser sobre tu hermano —confieso algo extraña porque de alguna manera siento como traicionara a Tyler hablando con Connor.

—pensé que sí. Después de todo siempre todas piensan en él —se encoge de hombros. Siento un toque de resentimiento en sus palabras.

Lo observo un momento. Quiero adivinar sus pensamientos y saber por qué ese odio repentino entre ambos, saber qué estaba mal entre ambos que no podían tolerarse.

Una muchacha llega a nuestra mesa. Enseguida queda prendada por esa belleza atlética y maléfica de Connor. Su cabello húmedo cae sobre su frente. Noto un aro brillante en su oreja y me parece extraño y divertido que la parte gemela de Tyler use un accesorio de ese tipo.

Connor ordena dos tazas de chocolate caliente y un par de dulces. Espera a

que la camarera se vaya para poder hablar conmigo.

—Siento que tuvieras que presenciar esa pelea.

—Yo también —giro mi rostro. No me gusta recordar esos malos momentos.

—Tyler siempre fue temperamental. Nunca entendí porqué, pero de pequeño le gustaba llamar la atención de esa manera ¿entiendes? Solo explotaba y acababa con cualquier cosa en su camino, es algo como un tornado.

Muevo mi cabeza en silencio. Ahora no tengo cosas buenas que decir sobre él, por eso prefiero callar y dejar que hable.

—Todo es por culpa de nuestra madre y abuela. Siempre lo han consentido en todo. Es por eso que al divorcio de nuestros padres se fue con ella mientras yo me quedé con papá. El sujeto era un tipo duro, pero mucho mejor que tener que soportar todo el día a la Madame y a su hija. Ambas son culpables de que Tyler se convirtiera en un energúmeno. Siempre lo dejaban estallar porque ninguna de las dos pueden controlar al demonio que lleva dentro. Solo yo puedo hacerlo y cuando él lo entendió me echó de su vida.

—¿Nunca se llevaron bien?

—Sí y no. Él fue el serio de los dos y yo el más alegre, divertido. Tenía muchos amigos, muchas veces tenía que prestarles a mis amigos porque no soportaba la idea de que se quedase solo. Siempre fue malo con las relaciones personales. Incluso una vez me culpó de haber roto con su prometida.

—¿Se iba a casar? —pregunto. Recuerdo de pronto aquella foto en su departamento y a la hermosa mujer que abrazaba. Los dos eran una combinación perfecta de la felicidad y sentí envidia y celos por ello.

—Sí, fue hace dos años. Se llamaba Nicole. Mi hermano la llevó a un estado de locura tal que terminó por matarse.

Un escalofrío atravesó mi espalda. Connor me observa con atención y aunque sabe que parezco confundida y aterrada sigue hablando.

—Tyler era muy posesivo. Era tanto su obsesión con ella que incluso le prohibió que viera a sus amigos, a su familia. La separó de todos lo que la amaban para luego destruirla a su antojo —su mirada se encontró con la mía y

no la quitó en ningún instante mientras acercaba sus manos frías a las mías—. Muchas veces sentí lástima de ella. Nicole tenía esperanza para con mi hermano. Creía que podría cambiar y al final... ella fue la que cambió, Candace. Y tú me preocupas.

—¿Yo?

—Es claro que estás enamorada de Tyler. Se te nota en la piel, en el brillo de tus ojos cuando pronuncio su nombre, incluso en este momento, estás asustada y conmovida por la historia que te estoy contando.

La chica vuelve y nos deja el pedido en la mesa. Connor da un sorbo a su café sin esperar a soplarlo. El humo flota alrededor de su cara y desaparece en el aire. El lugar luce lóbrego con nuestro silencio. Sólo nosotros somos los únicos clientes. Vuelvo mi cara hacia la ventana temiendo a que leyera mis pensamientos, estoy avergonzada y tengo miedo de que siga leyendo a través de mí todos aquellos pensamientos sobre Tyler.

—Mi hermano es una persona enferma, Candace. Sé que está mal, pero tengo que advertirte si piensas avanzar en esta relación. Puede que salgas herida.

No respondo. Tengo tantas cosas en qué pensar que prefiero estar en silencio. Connor se ofrece llevarme a casa. Pero no puedo hacerlo. Tengo que regresar a la empresa y terminar varios asuntos antes de marcharme. Subo en su moto, me sostengo de su cintura ancha y siento los músculos de su espalda que están cubierto por la chaqueta de cuero.

En pocos minutos llego frente a la empresa.

Tyler está de pie e inmóvil con un paraguas en su mano. De pronto arruga su rostro. Está molesto y no sé si es por mí o por Connor. Con grandes zancadas llega a nosotros.

Connor le brinda una mirada retadora que Tyler devuelve.

—Eres un imbécil —suelta mientras lucha por controlarse.

Se quita la chaqueta de su traje y la coloco sobre mis hombros. El calor que me proporciona me brinda la tranquilidad y confort que necesitaba. Con cuidado me toma más arriba del mi codo para conducirme hacia su auto.

Ninguno de los dos tiene más palabras que decir y sin embargo siento que

que hay muchas cosas por las que tienen que hablar. Yo no puedo concebir que dos seres tan iguales que han compartido el mismo vientre en su venida al mundo se odien tanto como ellos.

A pesar de tener la chaqueta de Tyler el calor no es suficiente. Aún sigo titiritando de frío mientras entro a su auto. Él se sienta a mi lado. Le pide a su chofer que traiga una manta y me entrega una azul y gruesa que me enrolló.

Sin tener nada que decir dejamos que el auto nos lleve. Yo no dejo de pensar en las cosas que Connor me ha dicho. En lo controlador y obsesivo que es Tyler conmigo. En esa pelea, en cómo me lastimó para separarme de su hermano.

Tyler parece también perdido en sus pensamientos. Sólo se dedicó a ver a través de la ventana y en ningún momento me miró hasta que me di cuenta de que estábamos en mi casa.

Eso era todo. El viaje se ha acabado y yo tengo muchas más dudas sobre quién es Tyler Miller y aquella Nicole que amó tanto para pedirle que se casara con él.

—Déjame acompañarte —rápidamente sale y corre para abrirme la puerta. Su paraguas nos protege de la lluvia. Rodea mi cintura con su brazo y me atrae hacia su cuerpo. Su toque es capaz de hacer derretir aquel tempano de hielo que ahora es mi cuerpo.

—No es necesario —me resisto a la avanzada—. Yo estaré bien. Será mejor que te vayas.

—Ni en tus sueños. Yo voy a entrar contigo y a asegurarme que te encuentres bien. Mira cómo estás. Pareces un desastre. ¿Por qué rayos huiste como si fueras una loca?

Me encojo de hombros. No tengo una respuesta sincera para ello.

Tyler entra conmigo. Deja el paraguas negro a un lado de la puerta mientras nota los doce ramos que le ordené a Scarlet botar el ayer.

Yo sigo derecho. Voy a mi habitación y me quito toda la ropa empadada pero sostengo su chaqueta y sin darme cuenta la olfateo con placer. Me encanta cómo huele, es su aroma a problemas que me conforta más que cualquier manta.

Me siento mejor una vez que tengo ropa seca y limpia. Mi camiseta ancha y mono impide que se me noten las curvas. Voy descalza. Escucho un ruido en la cocina. Un juego de ollas estalla contra el suelo. Las tres están a los pies de Tyler rodando mientras que por primera vez lo veo inseguro, torpe y me hace sonreír por esa vista.

—¿Quieres acabar con mi cocina? —me agacho para recoger las ollas y colocarlas sobre la mesa circular a un rincón de la cocina.

—Lo siento. Sólo pensé que podría cocinarte algo caliente pero...

—¿Cocinar? —levanto mi ceja. Esto era algo nuevo en él. Un Tyler que cocinaba, que era torpe y que ahora me miraba como un niño perdido.

—Siempre hay una primera vez. No debe ser difícil si todo el mundo lo hace.

—Tú lo haces ver como si fuera peligroso.

Los dos sonreímos. Nos quedamos en silencio y siento ese hormigueo que solo me produce al estar en su cercanía. Es difícil no poder verlo a la cara y sentir como si un flechazo atravesara abruptamente mi pecho.

Alejo mis pensamientos sobre él. Lo aparto con suavidad de la cocina, su hombro y el mío chocan suavemente pero pareciera como si durara mil años aquel pequeño roce.

—Haré algo de sopa, puedes ponerte cómodo.

No dice nada. Se quita la lujosa corbata y los zapatos. Poco a poco se desabotona la camisa hasta la altura de su pecho. Me hace recordar al hombre que dormía plácido en su departamento a mi lado.

Siento que debo decir algo pero mis labios parecen sellados y ambos dejamos que el silencio hable por nosotros.

La lluvia repiquetea en el tejado. Me concentró en el ruido ensordecedor cuando cae. En el calor del fuego al cocinarse el agua con especias.

De manera inesperada sus brazos me rodean por la espalda. Su mandíbula se apoya en mi cabeza. Aprieto los ojos. Me dejo llevar por el fuego que corre en mi interior, en aquel ritmo frenético con que mi corazón late.

—Candance, lo siento tanto —su aliento golpea mi oído. Sus labios se

presionan contra mi cuello y yo cierro los ojos.

Me giro. Quedo cara a cara. Tyler tiene que encorvarse para acercar su rostro al mío. Me gusta su altura y la manera cómo me arroja con su cuerpo, haciéndome sentir segura, como si los problemas desaparecieran cuando me encuentro a su lado.

—Tyler, yo...

Su boca me calla. Sé que piensa lo mismo que yo, que esto está mal. Que lo de nosotros empezó como un desastre y terminará siendo nuestra ruina.

Por primera vez siento que la lujuria de mi cuerpo se mezcla con otro sentimiento.

¿Amor?

Rodeo su cuello con mis brazos e intento pararme de puntillas para llegar hasta su boca. Me toma por los aires como si fuera ligera. Ambos presionamos nuestros cuerpos de forma febril. Rodeo sus caderas con mis piernas, siento cómo su miembro duro golpea contra mi vientre a la vez que una mano se desliza debajo de mi camisa y me taca uno de mis seso desnudos.

—Mierda. Siento que te amo, Candace —dice. Sus pupilas se dirigen a las mías. El brillo de su mirada, su pecho moviéndose con dificultad, siento los latidos de su corazón, el fervor y las ganas de gritar, de poder brincar y de besarlo. En este momento se me antoja besar su bello rostro, su cuello ancho, su pecho musculoso, cada centímetro de su piel.

—Yo igual, Tyler —traicionada por mis propios pensamientos me dejo llevar.

Tyler me lleva aún entre sus brazos hacia el sofá enorme para desparramar su cuerpo contra el mío a medida que seguíamos en nuestro propio juego de besos y caricias, con sus dedos aventurándose en mis zonas calientes y sensibles que me hacen chorrear líquidos en medio de mis piernas.

—Me muero por estar dentro de ti —murmura suavemente como la música.

“Nicole tenía esperanza para con mi hermano. Creía que él podría cambiar y al final... ella fue la que cambió, Candace”.

Se siente también que Tyler me toque que no deseo interrupciones y malos pensamientos. Por ello tomo la delantera. Quiero rápidamente sentir su piel

contra la mía, rozarnos hasta sentir que el calor nos abrasa. Desabrocho su camisa blanca, la arrojo al suelo y suelto un gemido cuando presiona sus dedos en mi centro. Cierro los ojos, me detengo por un momento y me dejo llevar por ese estremecimiento que sigue con un escalofrío. Coloco mi mano en su bragueta, rozo con cuidado en la zona.

—Me encantas como hueles, Candace. Me gustas que estés lista para mí — me desliza con rapidez mi mono junto con las bragas mojadas.

Yo termino de bajar sus pantalones. Observo su miembro erguido, el solo verlo me produce una sensación de correrme. Con cuidado abre mis piernas, observa mi interior. Con mucha lentitud se introduce dentro de mí.

—La sopa —dejo salir en estos momentos.

—Deja que hierva un poco más.

Jadeo. Escucho su risa. Huelo su sudor, siento su sabor en mi boca mientras muerdo mi labio y el dolor placentero dentro de mi vientre. Tyler se incorpora sobre mí, me besa el hombro mientras está complacido por mis gritos que se vuelven ,más frecuentes y graves. Mis caderas sienten el estremecimiento de su pelvis. Me arqueo más para sentirlo, grito y él gruñe, me muerde el hombro con fuerza para hacerme llorar de placer. Su cuerpo cae sobre mí. Aún con su miembro dentro siento como floto, soy una hoja de papel que vuela por los aires, que se mantiene en el cielo, que avanza y cae con delicadeza en sus manos.

CAPITULO 14

TYLER

Mis dedos sonrían cuando surcan su rostro y se detienen en aquella parte carnosa y preciosa que son sus labios. Los dos completamente desnudos en su sofá.

Tomo su mano, la estrecho junto a su calor. Beso su cabello que aún está húmedo por la lluvia y empieza a rizarse naturalmente.

—¿Crees que esto está bien? —pregunta.

— ¿A qué te refieres?

—A nosotros, a lo que pasa en estos momentos y sucedió hace días.

Aprieto mis labios. Mi silencio parece desolador. Mis palabras se atorán en mi boca pero no las dejo salir, no quiero hablar sobre mi pasado, sobre Connor. No es el momento, no quiero manchar a Candace con ello y tampoco deseo lastimar a nadie.

Intento zafarme de una respuesta. La tomo fuerte por sus caderas, le doy vuelta y la dejo encima de mí. Sus pechos rozan los míos. Descanso la espalda en el sofá. Ella es tan ligera que no parece una molestia.

Candace ríe. Es la primera vez que la escucho reírse con una carcajada alocada, estruendosa que la hizo sentirse más real.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta acercando su boca a la mía.

—Me gusta tener una mujer encima de mí —confieso y la beso con fuerza. Introduzco mi lengua. Siento como su cuerpo tiembla contra el mío.

—¡No!, tienes que irte, Tyler —lucha un poco y se suelta de mi agarre.

—¿Qué pasa? ¿hice algo malo? —estoy confuso, no recuerdo decir nada malo ¿o sí?— ¿Estás enojada por lo que dije de que me gustaban las mujeres

sobre mí?

—No. Es que ya van a ser las 4. A esta hora llega Scarlet y no puedo permitir que nos vea así. Tú y yo en mi sala, desnudos. Ni siquiera debe verte aquí.

—¿Por qué?

—Porque todo esto, lo que pasa entre nosotros no es una buena influencia para ella.

Sé que lo dice seriamente. Sonrío y ella parece ahora molestarse.

—¿Qué tiene de divertido lo que dije? —sus manos se posan en su cadera en forma de jarra. Puedo oler que se avecina una guerra si no acabo con ello.

—Nada. Lo que dices. Me encanta que seas así con ella.

—Es como mi hija. La cuidé desde que mis padres se fueron de nuestras vidas, ella y Peter son todo lo que tengo.

Malditamente hermosa. Sin dudas ella es absolutamente diferente a cualquier persona que he conocido nunca.

—¿Y qué pasó con la sopa?

—Diablos. La sopa; creo que no habrá sopa. Nunca puedo hacer una buena sopa. Quizás por eso Scarlet jamás me deja hacer nada en la cocina. Y todo es por tu culpa.

—¿Mi culpa? —me acerco y la levanto con mis manos para acercarla a mi rostro.

—Por ser tan irresistible.

—Tú eres la irresistible.

Los dos seguimos con nuestros besos.

—Para —me suplica con la mirada.

Me niego a dejarla pero parezco sometido a su voluntad.

—Como tú mandes. Me voy, pero nos vemos en la oficina, señorita Green.

—Como usted diga señor Miller.

CAPITULO 15

CANDACE

Despierto. Se siente bien dormir luego de saber que todo marcha bien. Soy una loca sin remedio. Estoy arriesgándome en algo que no tengo ni idea si puede salir bien o mal, pero la idea de poder estar con Tyler a su lado es deliciosamente atractiva.

Todavía tengo dudas sobre él y su relación con Nicole. Cuando le pregunté por ello cambió el tema de forma repentina. Sé que es un tema doloroso. Connor dijo que se siente culpable, que por su culpa ella había muerto.

Me arreglo lo más rápido que puedo. Voy tarde. No paro de mirar cada cinco minutos el reloj. Apago mi teléfono. Sé que debe estar furioso porque tenemos todo encima. Por estar tonteando como unos infantes ahora se nos venían muchas cosas encima tras el desfile que la Madame deseaba realizar por su gran despedida. Aun no se ha llegado a un acuerdo con los organizadores y los modelos a desfilan están entredicho. En mi mente tomo nota de lo que hay que hacer en el día. trato de inventar una agenda y organizo poco a poco las citas y llamadas. El organizar todo en mi cabeza me sirve para no obsesionarme con la idea de llegar tarde.

Cuando al fin el autobús me deja a un par de cuadras del trabajo, camino tan aprisa que parece que estoy corriendo. Las calles tienen charcos producto de la lluvia pero sin embargo hay un sol caliente que dora mi piel blanca. Su irradiación me quema un poco el rostro y el calor se vuelve pegajoso por la humedad que se condensa.

—Candace —alguien pronuncia mi nombre. Me giro rápidamente. Maldigo porque sé que voy a llegar muy tarde. La moto de Connor está a poca distancia de mí y luce mucho más hermoso y peligroso con sus lentes oscuros—. ¿Qué tal todo? ¿Cómo te fue con Tyler? ¿te hizo algo?—. su preocupación fue algo exagerada pero me pareció simpático que se preocupara por mí, esa cualidad

es opuesta a la de su hermano.

—Sí. No hay problema. sólo me llevó a casa.

Me avergüenza no contarle que hice las pases con él, que quizá todo esto podía ser serio y de pronto siento una corazonada en mi pecho. Sus palabras de advertencia flotan en mi cabeza y él lo sospecha.

—¿No habrás creído en lo que dice? ¿o sí?

—No.

—Él es un buen actor, Candace. No te dejes engañar.

De pronto se acerca tanto que puedo oler su chaqueta de cuero. Subo mi cabeza. Es igual de alto que su hermano. Mi rostro asustadizo y nervioso se refleja en los vidrios oscuros de sus lentes.

—Eres una gran chica. Odiaría que cayeras en las manos de mi hermano —acaricia mi cabello. Su parecido me confunde, casi pienso que tengo a Tyler al frente y me siento nerviosa, con mariposas en el estómago—. Mi hermano tiene mucha suerte. Si tan solo lo supiera.

—¿Qué dices?

—La verdad. Que la mujer más hermosa con la que me he topado está prendada de mi hermano. Ahora, en este justo momento me moriría por ser él.

Trago fuerte. Mis piernas están temblando. Me siento como una niña otra vez. Retrocedo un poco y eso le causa gracia. Ahora yo estoy nerviosa y algo confundida.

¿Qué acabas de hacer? Pensé. El es su hermano. La versión buena y humana de Tyler. Mi pensamiento me traicionan. Me siento ruin porque no paro de imaginar cómo sería mi vida si Tyler fuera como Connor.

—He pensado en ti desde ayer. No te puedo quitar de mi cabeza.

—Yo... yo me tengo que ir.

—Quiero verte Candace.

—No creo que sea lo mejor.

—¿Por qué no? —se quita los lentes. Aquellos ojos azules y hermosos casi me funden como si fueran rayos.

—Porque en estos momentos no me interesa nadie.

—Mentirosa —hace un movimiento y se acerca a mi rostro—. Sé que es porque estás loca por Tyler.

—Adiós, Connor.

Huyo rápido antes que mi cerebro colapse por culpa de la confusión.

“Él no es Tyler. Es su hermano. Tú quieres a Tyler, tú le confesaste a Tyler que lo amabas. Es a él a quien quieres”.

Paso la mano en mi cabeza. Rasco con ansiedad mi cuero cabelludo mientras tengo mi corazón galopando.

—¿Todo bien? —Peter pregunta cuando llego a la oficina—. Por tu culpa has hecho que el jefe se alebrete. No ha parado de gritar tu nombre. ¿Qué te pasa?

—Nada —dejo mis cosas en el escritorio.

Me observo en el espejo de la pared y veo que estoy pálida, mi piel se encuentra fría y sudorosa.

¿Así es engañar a otra persona?

Parece como si degustara un chocolate muy amargo lentamente. El placer te aborrece de un modo estimulante.

—Candy.

—No me digas Candy —le recuerdo.

—¿A dónde vas?

—A trabajar.

Escucho mi nombre detrás de la cuenta del despacho. Sus gritos me paralizan. Mi hermano parece darme el sentido pésame con su mirada y me deja sola para enfrentarme a Tyler y su mal humor.

—Ya. Deja a la pobre —escucho la voz de una mujer.

La madame está frente a su nieto. Su cabello platinado tiene grandes rizos que terminan en las puntas. Con su sonrisa pacífica me saluda al verme mientras que su nieto es como un toro furioso que bota aire caliente por la nariz.

—¿Qué rayos hacía? —me pregunta.

En lo único que pienso ahora es en su hermano, en sus palabras melosas que endulzaban mi odio. En la suavidad de sus manos tocando mi cabello.

— Me quede dormida —bajo la cabeza.

—La necesito aquí, señorita Green. Usted es la que se sabe ese itinerario de memoria ¿o no? Si yo lo supiera no la necesitaría en estos momentos ¿es que no puede hacer las cosas bien?

Sus palabras son crueles, brutas. Por primera vez noto que me hacen daño. Lentamente me rompe y me producen picor en las heridas.

—Lo siento —mi voz se quiebra.

Con el tropiezo de esta mañana dando vueltas en mi cabeza me siento como una tortuga que se esconde dentro de su coraza. Intento ser lo más profesional y eficiente que puedo. Nunca antes me había costado desenvolverme correctamente pero Connor y Tyler giran en mi mente y siento que cometo muchos errores.

¿Por qué? ¿Qué es lo que tienen ellos que los hacen inolvidable? Y no sólo me refiero a sus hermosos rostros y contexturas musculosas o aquel aire arrogante que ambos tienen como sello oficial de su atractivo. Hay algo más, como si sus voces tuvieran propiedades hechizantes que te atrapan y te guían a sus bocas. Trato de evitar a Tyler lo más que puedo. Siempre que puedo hablo lo justo y cuando no sólo doy vueltas por la oficina de un lado a otro mientras superviso los preparativos restantes.

La madame quiere sin duda un gran espectáculo con humo y música al estilo árabe para la pasarela. El negro y dorado serán los colores que prevalecerán en sus trajes, en la decoración. Por ello me encargó los arreglos en el desfile cuando vio que estaba casi al borde de las lágrimas por culpa de sus gritos.

—Tienes que disculpar a mi nieto. La Presión lo pone a veces de mala... bueno, tú mejor que nadie lo entiendes ¿no?

Asiento delicadamente. No quiero hablar sobre Tyler con su abuela o con nadie. En estos momentos Tyler me parece horrible, malvado y todo por mi culpa, por enredar el trabajo con el... bueno, no sé si sea esto. Aunque me confesó que me amaba, su gestos, sus palabras y aquellos besos me lo habían

confesado.

CAPITULO 17

TYLER

Mi abuela siempre me arruina los momentos. Hoy se supone que sería diferente, que empezaría con buen pie porque sabría que vería a Candace y estaría con ella todo el día. Pero no, porque cada plan que tengo para disfrutarla se ve empañado con malas noticias.

—Connor vendrá al desfile, Tyler —me dijo como si nada y sólo se quedó en espera de mis gritos e insultos.

—Me niego a que ese hombre esté cerca de mí, ¿lo entiendes?

—No hay nada que entender. Es mi nieto y también forma parte de mi empresa, que no se te olvide Tyler. Sé que tú eres el presidente y que has trabajado duramente para mantenerla a flote y para que sea lo que es ahora y ha sido siempre pero no puedes impedir que Connor participe en mi nueva colección.

—Connor no ha trabajado nunca en su vida. ¿En que lo vas a poner? ¿a cargar cajas? lo dudo. Él de seguro estará pendiente en echarle el ojo y algo más a las modelos y de seguro... —me detengo. Mi sangre se siente espesa y duele en mis venas cuando el recuerdo de Candace abrazándolo a su espalda en esa moto llega a mi cabeza.

—Si se acerca a mi secretaria lo mato —dejo fluir con una amenaza.

—Por Dios. Deja de decir esas cosas. Tú no matarás a nadie y menos a Connor porque es tu hermano y tu madre y yo estaríamos muy tristes si eso pasara. ¿Quieres vivir con la conciencia intranquila porque dejaste a tres bellas mujeres solas?

—¿Tres?

—La señorita Candace también cuenta. Esa chica es encantadora y

perfecta para ti. Parece ser la única que tiene la capacidad y la paciencia entera para tratarte.

—Ella no le compete a nadie ¿lo entiendes?

—Tú lo sabrás, cariño.

—Maldición —froto mis manos contra mi rostro.

La calma de la madame es irritante. Quiero que se largue y me deje en paz en este momento.

¿En dónde está Candace cuando la necesito?

—Señorita Green —mis pulmones arden por la furia de mis gritos.

Ahora que estoy tranquilo y puedo pensar claramente sé que he cometido un gran error al gritarle. La traté de nuevo como basura, como si ella fuera la culpable de que mis fantasmas me rodeen constantemente.

Estampo con fuerza la palma en mi rostro. Necesito hablar con Phil en estos momentos pero parece inaccesible ahora mismo y con Candace todo está mal. Sé que estoy solo en la oscuridad. Sin que nadie pueda tenderme una mano. A pesar de que soy fuerte y trato de soportarlo necesito un rayo pequeño que pueda aumentar mis esperanzas y me ayude a confiar en las personas, en ella.

Presiono el intercomunicador y el silencio me responde. Ella no está en su puesto. No sé nada de Candace desde hace horas. Estoy seguro que mi abuela tiene mucho que ver con esto, que la ha alejado de a propósito para hacerme sufrir por negarme a que Connor ponga un pie en su empresa.

El pequeño escritorio de ella está vacío. Sus cosas no están. Voy hacia donde su amiga. La mujer me mira con desden. Desde el episodio en la fiesta su modo de tratarme ha cambiado y todo gracias a la estúpida solidaridad femenina donde ella se puso del lado de su amiga.

—¿La señorita Green? —pregunto en tono grave sin aportar mi mirada para intimidarla.

—Está en el hotel. La madame se la llevó para que le ayudara en los últimos preparativos del desfile, señor.

Respiro profundamente. Quiero destruir algo o gritarle a alguien más pero

la única que está en frente es ella y parece ser sagrada. Es intocable al menos que quiera ganarme el rechazo de Candace. Así que sólo por eso me voy para dejarla en paz.

Tengo que hablar con Candace. Necesito pedirle que me perdone.

Rogar no es lo mío, pero ahora, en estos momentos, soy capaz de todo sólo para no perder también a Candace. No puedo soportar de nuevo perder a la persona que más amo y sólo por culpa de mi estupidez, de esta ceguera que me impide darme cuenta quién de verdad es mi peor enemigo: Connor.

Connor es una maldición en mi vida. Un capricho cruel del destino quien quiso que compartiéramos todo y cuando yo me negué a compartir ciertas cosas se volvió en mi contra.

Ordeno a mi chofer que nos lleve al hotel. Desde fuera puedo ver los camiones repletos de las grandes utilerías para el desfile. Sé que conociendo a mamá y a la Madame, esto será un espectáculo exagerado del cual la gente no dejará de hablar dentro de mucho tiempo.

Toda la prensa y las redes esperan con impaciencia el lanzamiento de la nueva colección y también lo que será la despedida para mi abuela, Madame Collete Solair.

Todo adentro parece un caos. Ya la pasarela está armada y hay modelos que ensayan su coreografía con ropa ligera. A mi derecha un grupo de hombres comprueban el sonido y otros la iluminación.

Mi madre habla con el servicio de decoración. Ella parece igual de fiera que yo mientras que le ordena al joven muchacho alinear en perfección las sillas que rodean la pasarela.

—Tyler —su cara de sorpresa me agrada. Mamá me sonrío a pesar de estar estresada. Se acerca y me toma la mano de forma cariñosa—. ¿Se te pasó el mal humor?

—No empieces, por favor.

—¿Qué hice? Sólo digo que si estás mejor. Me contó mamá que hiciste una de las tuyas e insultaste a la pobre Candace de nuevo ¿no te cansas de ello? La pobre mujer tiene que llevarse la peor parte de todo. Así no fue como te enseñé que debes tratar a las mujeres.

—¿Dónde está ella?

—En bastidores. Le dije que se encargara de revisar la logística. Esa mujer sí que es buena en lo que hace. Prácticamente hizo esto ella sola y eso no es de su competencia. Ha de quererte mucho para soportar semejante presión.

Le doy la espalda. Camino en su búsqueda. Quiero hablar con ella en este momento. Necesito de Candace. Sino cambio voy perderla también.

El miedo se apodera de mi cuerpo. La sensación reduce mi estómago.

El lugar tiene poca luz. Las personas hablan alto mientras por culpa del sonido. A pesar de que falta poco todos parecen ajetreados y nerviosos. Las mujeres caminan semi—desnudas de un lugar a otro y los hombre llevan cajas y artefactos pesados.

Busco por el lugar. No veo a Candace en ninguna parte. Camino, pregunto a alguno de los trabajadores que me guían a un pasillo hacia abajo que da a los vestidores de las modelos. Hay silencio cuando desciendo o eso pienso porque el sonido cómico y estruendoso de su risa queda callado por otra que se hace familiar.

—¡Para ya! ¡estás loco! —dice la voz suave de Candace ahogada entre risas.

—No, no puedo. Me gusta verte sonreír. Eso no sucede muy a menudo por lo que veo ¿te das cuenta del efecto que causa el sonido de tu risa en un hombre?

—No digas tonterías y ponte a trabajar. Todavía falta muchas cosas y... ¿Qué haces?

—Quiero ver que hay más allá de tus ojos. Leer tu mente y saber qué piensas sobre mí.

—Que eres un gran hombre.

—¿Nada más?

—Y divertido.

—Eso es decepcionante. Yo creo que tú eres hermosa y sensual.

—Por favor, cállate. Claro que no.

—Sí, lo eres. Eres tan sensual que si pudiera te follaría aquí mismo, sin tan solo no fueras de él.

—Tyler no es dueño —ella espeta furiosa—. Ahora solo para esto.

—¿Ah, no? Demuéstramelo, Candace. Demuéstrame que no le perteneces a Tyler.

—Connor, no puedes...

Siento el sonido de sus respiración. Acelero mis pasos y por fin los veo. Ella contra la pared y el apretujándola contra su maldito cuerpo y es como si una bomba me estallara en el rostro. Mi sangre golpea mis mejillas. Mis puños se sienten rígidos, ardientes. De pronto tengo sed, sed de su sangre de verlo en e suelo y a ella llorando. Quiero destruirlos a ambos, hacer que los dos me imploren piedad en este momento.

Lo primero que hago es separarlos. Candace parece asustada más que sorprendida, su cuerpo pequeño tiembla con solo verme.

—Eres una zorra, Candace —grito tan fuerte que mi voz resuena en las paredes.

—Déjala en paz, la asustas.

En cuento siento su mano en mi hombro lo golpeo. Le doy justo en el mandíbula, pero no es lo suficiente para hacerlo caer.

—La última vez me agarraste desprevenido, pero esta vez no, Tyler.

Me da en el rostro. Mis manos se abalanzan contra él, lo lanzo hacia la pared. Por unos segundos ambos forcejamos. Escucho los ruido de Candace que grita que paremos, pero eso jamás. Quiero que ella vea que es la culpable de todo esto, de burlarse de mí, de engañar y de revivir estas malditas ganas de poder matar a mi hermano otra vez.

—Te dije que no la tocaras o te mataría. Candace es mía, solo mía aunque ella se niegue, aunque diga que no. Me da igual su opinión.

Mis puños hambrientos se ciernen contra su rostro una y otra vez. Me da igual los gritos, el dolor de mis manos o que Connor como siempre sea incapaz de poder defenderse como un hombre de verdad.

—¡Basta Tyler! Lo vas a matar —grita Candace.

—Ni se te ocurra meterte Candace. Ya has hecho suficiente.

—No si lo vas a matar, para ya —sus manos me golpean la espalda múltiples veces hasta que me detengo.

Ella verdaderamente está asustada, lívida. Me teme y quiero que lo haga, que sienta miedo, que se dé cuenta que puedo ser capaz de destruirla, de hacerla sentir infeliz en estos momentos.

—Jamás pensé que fueras capaz. Eres como ella, una zorra cualquiera ¿Qué pretendías con todo esto? ¿Jugar con ambos? ¿Ver quién de los dos folla mejor?

Su mano me abofetea. Mi carne queda caliente y adormecida.

—No sabes lo que dices —fue su respuesta. Ahora está cogiendo la cabeza de Connor y la coloca en su regazo.

¿Cómo fue que él se volvió la víctima?

La furia me asfixia. Siento una gran impotencia en este momento. Froto las manos contra mi rostro, la sangre de Connor mancha mis mejillas, mi traje y no me interesa, solo quiero seguir gritándole, quiero verla hecha cenizas en este instante.

Deseo que Candace se humille ante mí, que me implore perdón y yo así pueda desecharla, decirle que no vale más que escoria humana. Pero... no es así. Porque Candace solo está cuidando aquel imbécil que se ha llevado la gloria ganando en estos momentos.

CAPÍTULO 18

CANDACE

Estaba enloquecido.

Lo siguiente que pude ver después de la pelea fue el rostro enrojecido de Tyler. Sus ojos eran un par de llamas que lamían su rostro.

Sentí miedo. Ahora sé lo estúpida que había sido en creer que podría cambiar. Como una tonta romántica imaginé que lo haría por mí, que dejaría de ser ese cruel hombre que le gustaba hacer sentir inferior a los que los rodeaban.

Cuando terminó la pelea un grupo de personas me ayudaron a llevar a Connor al hospital. Esta vez las heridas eran jmucho mayores. Su ojo derecho era una bola hinchada y tenía la nariz y el labio partido.

Ver a Connor en ese estado hizo que naciera en mí otro sentimiento: el miedo. Temía de Tyler, de su ira, de su venganza, porque sé que se vengaría, lo noté cuando su mirada fría me perforó al pasar a su lado, como si se preguntara qué hacía del lado de su hermano.

La verdad es que no estaba del lado de ninguno de los dos y ahora sin darme cuenta, como una verdadera tonta me he metido en medio de una vieja riña familiar donde yo no era el motivo de la pelea.

—Cariño —La Sra. Elizabeth me da un abrazo del tipo maternal una vez que llega a la sala del hospital—. Escucho lo que pasó. ¿Cómo estás? ¿te hicieron daño ese par de cavernícolas?

—Estoy bien. Connor sólo está algo desfigurado, pero ya le hicieron un par de tomografías.

—¡Dios! Yo pensaba que estos dos cambiarían. No sabes lo mucho que imaginé que algún día podrían volver a reconciliarse, pero no. Ahora son

enemigos acérrimos a pesar que una vez no lo fueron.

La abrazo de vuelta. Podía ver totalmente su sufrimiento como madre. No debe ser fácil que tus hijos se odien hasta la muerte.

Las dos entramos a la habitación de Connor. Parece diferente, más débil y pequeño a pesar de que sus pies sobresalen un poco de la camilla. Nos atrapa a las dos con la mirada, intenta sonreír. Estira su mano y toma la de su madre dulcemente para consolarla.

—Está todo bien, mamá, no llores.

—No puedo cuando mis hijos se quieren matar ¿dime por qué Connor? ¿Cuál es ese motivo por el cual se odian tanto?

—Es que los dos tenemos el mismo gusto —me miró un momento y sentí un escalofrío en la espalda

—Bueno, será mejor que los deje solos —intento marcharme pero su voz me detiene.

—Candace, por favor... solo quédate un momento.

—Necesitas descansar, Connor.

—Lo sé pero... de verdad quiero que vayas conmigo al desfile, significaría mucho.

—no. Imposible. Ya viste cómo se puso Tyler.

—¿Qué pasó con la Candace de hace rato? ¿La mujer que era valiente y dijo que Tyler no era su dueño?. No le debes nada a ese imbécil.

—No, Connor. Lo siento.

Salgo del hospital y tomo un taxi para ir a casa. Me siento cansada, torpe. Quiero dormir y así poder olvidarme de este día, de Connor, Tyler y aquella mirada cargada de odio. Nunca pensé que fuera capaz de hacer eso, de volverse como un lunático e incluso casi matar a Connor.

¿En qué pensaba? ¿Qué era lo que quería buscar con ello?

Me encierro en mi habitación al día siguiente sin querer ver a nadie aunque dentro de mí hay una minúscula esperanza de que Tyler llame por teléfono y me amenace para volver a trabajar a su lado. Poco a poco pienso en lo que me estaba haciendo. Me volvía poco a poco dependiente, adicta a su presencia, a

su sonrisa malvada, a sus ojos pecaminosos, a sus manos.

Durante tres días no he sabido nada de él ni de nadie más. Hablo poco con Scarlet y apenas veo a Peter quien trata de darme noticias de Tyler pero yo me niego a escucharlo.

Estoy en un estado de confusión ofuscante. Me vuelvo indecisa, loca, presa y acorralada entre si buscarlo o perderlo.

Sé que ha escuchado la conversación y que podría tomarse para malas interpretaciones. Incluso yo imagino que soy la que está escondida mientras dejo que la conversación fluya y pareciera como si yo estuviese engañándolo, pero no es así. Nunca lo engañaría. Lo amo demasiado para poder hacerlo.

Al cuarto día un mensaje llegó a casa en una tarjeta envuelta en un sobre grande. Scarlet fue la primera en leer.

—Un tal Connor te envía esto —dice mientras coloca la caja en mi cama y se limpia las manos en su delantal.

—¿Sabes que leer la correspondencia ajena es un delito?

—No cuando se trata de mi hermana.

Tomo la carta. Está escrita a mano en tinta azul:

Sé que no quieres saber nada de mí pero la Madame, mi madre y yo pensamos que te mereces ir al desfile. Después de todo has trabajado mucho en ello. Te pasaré buscando a las 8 a casa.

Atte. Connor Miller.

—¡Por Dios! —mi hermana suelta un grito cuando ve el vestido—. Es un Madame Collete Solair original.

El vestido blanco se agita entre sus manos formando ondas suaves en el aire.

—Lo vas a dañar —se lo quito de las manos y observo los finos detalles de pedrería aperlada en el torso.

Siento que es un pecado tener algo tan hermoso como ello. Parece

celestial, hecho por los mismos ángeles.

Cinco minutos después suena el timbre. Camino rápido hacia la puerta y al abrir veo a gente que tienen más cajas en sus manos. El hombre de pelo largo entró sin presentarse. Le dio un vistazo a mi casa pequeña pero no dijo nada, sólo me sonrió y le hizo una seña a las otras dos mujeres.

—Madame Collete me ha mandado para alistarla.

—¿Qué dice? —de pornto me siento confundida. El hombre toma mi mano de forma caballerosa. Me sienta en el sofá:

—La Madame quiere que asista al desfile. Me ordenó que no pusiera un pie fuera de esta casa hasta que usted haya quedado radiante.

—¿Escuchaste? —Scarlet dio un salto de emoción.

—Lo siento. Creo que se equivoca. Yo no iré a ningún lado.

—Vamos muchacha. No tienes que ser obstinada. Además a la madame no se le puede negar una orden.

Tiene razón. Nadie puede decirle nunca que no, a eso se debe la inmensa fama que ha tenido durante tantos años. No sólo es su talento, sino su personalidad que hace que la gente no se niegue ante sus peticiones.

—Bueno. Debemos comenzar, cariño. Tarda mucho poder embellecer a alguien y tú estás un poco cruda en este caso.

Las mujeres enseguida me sueltan el cabello. Los tres sin decir ninguna palabra me sientan en una silla de madera y empiezan a arreglarme el cabello y las uñas mientras el hombre se encarga de maquillarme el rostro, untándome cada cosa que ha traído en una caja metalizada.

Es preciosa —suelta una de las mujeres.

—Una obra de arte hecha por el maestro.

Scarlet salió con una bandeja con panecillos para ellos y se congeló al observarme.

—Vaya. Eres... estás hermosa, Candace. Tienes que mirarte en el espejo.

—No. Todavía no. Primero, los zapatos. Ellos son la clave para que una mujer conquiste el mundo —él chasqueó sus dedos y la mujer pequeña de cabello rosa le acercó una caja que contiene un par de sandalias blancas que

combina a la perfección con el vestido.

Su tacón era mucho más alto de los que he usado pero me hace sentir diferente, casi poderosa. Estoy segura de mi misma por tener algo tan precioso en mis pies.

—Ahora sí. Ve y admírate, muchacha.

Insegura me acerco al espejo de pared de mi habitación. Lo que veo a continuación me ha dejado sin aliento. Mi pecho late con fuerza cuando no reconozco a la mujer que se mira al espejo con el hermoso vestido que brilla. Observo la gargantilla plateada con incrustaciones blancas que resaltan contra mi pelo crespo y suave. Me gusta mucho que mi vestido sea de una sola manda y que la falda caiga con fluidez por el suelo revelando una parte de mis piernas.

—¿Con que así se siente usar un vestido de la Madame —digo satisfecha, nerviosa. Estoy asustada y complacida conmigo misma.

—Sin duda él se arrepentirá de todo cuando te vea —Scarlet dice mientras me da un abrazo—. Y si no lo hace es porque es un tonto, hermana.

Beso su mejilla. Una marca de mis labios rojo coral se queda marcada. Sonríe y voy a darle las gracias al equipo de preparación, aunque no sé muy bien por qué he dejado que me hagan esto.

Se suponía que no quería saber más de ellos y ahora. Justo cuando un Connor alto y vestido de traje llega de gala, lo recuerdo.

—Rayos, eres completamente hermosa, Candace.

Observo un auto deportivo plateado aparcado frente a mi casa.

—¿Qué pasó con tu moto?

—No pudo permitir que una mujer tan hermosa vaya a un lugar como ese en una moto.

Él conduce y coloca algo de música en el camino. Intento concentrarme en su conversación, Connor me habla pero la verdad sólo observo hacia la ventana y el asiento. Estoy inquieta. Tengo miedo de él, de que me vea llegar con Connor, de que siga pensando que soy una zorra, de su rechazo.

Cuando llegamos alguien me abre la puerta. Connor corre a mi lado, me

toma del brazo mientras me siento ofuscada por la lluvia de flashes que se estampan contra nosotros. Las personas nos saludan como si fuéramos importantes, sonrían, sacan fotos. Hay reporteros que no paran de hacer entrevistas. Las miradas nos siguen mientras caminamos por una alfombra negra que conduce dentro del hotel.

—Todos te aman, Candace —susurra a mi oído.

—No creo que esto sea buena idea, Connor —me detengo en la entrada.

—Sí Tyler te dice algo, lo golpearé. Así que sólo quédate tranquila. Disfruta el evento. Mi abuela se pondrá feliz de verte, ya verás.

Me sujeto de su brazo. Los dos caminamos por el lugar repleto de personas, pero la primera en recibirme es un madre. Elizabeth está preciosa, parece una jovencita vestida de rojo con un gran escote que revela sus enormes pechos.

—Candace, casi no te reconozco. estás hermosa, pero ven, vamos a nuestros lugares. El desfile va a empezar en este momento.

Me guía hacia los primeros lugares que están justo frente a la pasarela. La iluminación es escasa. El bullicio de las voces me tienen algo confundida. Busco con la mirada a Tyler pero no está en ningún lado. Me siento como pez fuera del agua mientras veo lo hermoso que ha quedado todo.

De pronto todo queda a oscura. La gente deja de hablar y una música electrónica empieza a sonar junto con el ritmo de luces en la larga pasarela de blanco. Un hombre alto sale, le da la bienvenida a todos y nos invita a disfrutar del desfile que empieza una vez que desaparece.

Las mujeres caminan como pequeños robots, posan trajes hermoso de la Madame mientras alzan su mirada al frente con aire oscuro. Trato de concentrarme y ver todos los modelos ‘pero siento como si observara desde la oscuridad. La sensación es como algo carcomiendo por dentro lentamente. Me estoy sintiendo paranoica hasta que doy con la vista al frente y me encuentro con su mirada azul.

Mi respiración se corta en seco, mis pies quieren correr, deseo esconderme pero no puedo moverme de mi sitio porque estoy enganchada a sus ojos, aquellos malditos ojos que me funden con su calor, con su odio. Nuestro contacto dura tanto tiempo que ni siquiera soy consciente de que todo

ha terminado y de que Madame Collete ha dado las gracias y dicho un discurso.

—Me quiero ir de aquí; no me siento cómoda.

—Vamos a encontrarnos con la Madame. Ella quiere hablar contigo. Pasaremos cinco minutos en la fiesta y eso es todo ¿Qué te parece?

—Está bien —asiento sintiéndome acorralada.

Su mano se posa en la parte desnuda de mi espalda. El contacto me hace sentir incómoda, él lo siente pero no la retira y se la baja hasta detenerse en mi cintura para llevarme a la fiesta.

Las personas nos detienen. Saludan a Connor. Le preguntan por sus heridas y miente diciendo que ha sido robado por unos vagos. Me sorprende lo bien que se le dan las relaciones con las personas, en ese punto es diferente a sus hermano que nunca hace chistes o estrecha las manos.

La Madame me saluda desde lejos. Me acerco a ella para agradecerle todo lo que ha hecho por mí.

—No tienes que hacerlo. Es lo mínimo que puedo hacer luego de que tengas que calarte a esos dos. Y de verdad has hecho mucho por que este desfile salga perfecto. Tú has logrado que mi retiro sea emocionante. Nadie dejará de hablar de ello.

Es la primera vez que recibo un abrazo de ella.

—No sabe cuánto la aprecio.

—Yo también, querida. Te quiero, eres como de la familia. Has hecho mucho por mi nieto. Es una lástima que Tyler sea cabeza dura. No sé si lo de ustedes tiene remedio, pero yo confío en que sí.

Iba a decirle que yo también pero Connor llegó con un par de copas de champaña dulce.

—Abuela, te quiero mucho. Este brindis pequeño es por ti.

—Gracias, Connor. Ahora tengo que dejarlos, espero disfruten de la fiesta.

Connor termina de beber la copa y la deja a un mesonero. Luego toma mi mano, me lleva hacia la pista y ambos bailamos una canción suave que hace que toquemos nuestros cuerpos. Toma mis brazos fríos y los deposita sobre sus

hombros mientras me coge con libertad por la cintura.

—Eres preciosa, Candace.

—Tú también estás muy guapo.

Sus manos se ciñen más a mi cuerpo.

Nerviosa miro a la multitud. Busco a Tyler y lo veo desde el otro lado. No para de mirar a nuestra dirección con su rostro enrojecido.

—Ya se le pasará, Candace —Connor me susurra de nuevo al odio. Besa mi mejilla, casi muy cerca de mis labios como para intentar provocarle. Retiro mi rostro y él suelta una risa burlona—. ¿A que le temes?

—A nada. No quiero seguir en este juego que tienen ustedes dos.

—¿Crees que esto es un juego?

—¿Entonces qué es? No los entiendo.

—Yo no estoy jugando, Candace. No jugaría contigo. Tú no eres de esas, él también lo sabe.

—No quiero seguir formando parte de esta pelea. Estoy cansada que me usen como medio de sus disputas.

—Yo sería incapaz, tú no eres ningún juego, Candace —me acerca de nuevo. Todo su cuerpo se estriega contra el mío. Su nariz hace un ruido extraño, como si me estuviera olfateando.

—Quiero irme a casa —lo rechazo. Me rehúso a seguir en este lugar.

—Quedémonos un rato más.

—Si no me vas a llevar me voy sola.

—Bien. Vámonos—me acerca a él de forma posesiva.

Mantengo el silencio mientras esperamos que traigan su coche. Connor parece callado, misterioso. Hay algo en él que simplemente no me gusta esta noche y por más que sigo mirándolo para así comprende qué es, nada llega a mi mente.

—¿Te molestaste conmigo?

—No —niego con la cabeza.

—Eres mala para mentir.

—No miento.

Connor toma un desvío hacia mi casa. Me sonrío cuando cruza a otro lado y sigue otro camino.

—¿A dónde vas? —pregunto mientras observo cómo nos acercamos hacia al mar.

—Sólo quiero hacer algo diferente. Creo que tú y yo debemos hablar y éste parece un buen lugar ¿no lo crees?

Callo. No sé si sea buena idea.

Su auto se detiene. La oscuridad y el sonido del mar en vez de tranquilizarme me producen angustia, desesperación. Saca su teléfono, parece que escribe algo y lo guarda en su bolsillo.

—No creo que debamos quedarnos aquí. Me abrazo a mí misma, la brisa sopla vientos fríos que erizan mi piel.

No hay nadie a nuestro alrededor y la única luz es la luna que está envuelta en nubes plateadas.

—Sólo quiero conversar un rato contigo. Eso es todo. Vamos, yo te cuido —su mano aprieta la mía con suavidad a medida que vamos caminado sobre la arena. Mis tacones se hunden en ese piso inestable y por ende él me arrastra por el camino.

—¿No te gusta? A mí me encanta venir aquí de noche. Es el único lugar donde puedo perderme entre mis pensamientos.

—Es bonito —digo algo insegura.

—Lo sé. Me encanta. Me hace recordar bellos momentos. Cuando Tyler, Nicole y yo veníamos a la playa ¿alguna vez te contó esa historia?

Sus ojos y los míos se encontraron. Por primera vez vi amargura y dolor en sus palabras

—Los tres estudiamos juntos. Fuimos inseparables. Luego Tyler se fue a estudiar al exterior por dos años. En aquel tiempo Nicole y yo nos hicimos buenos amigos —hizo una pausa, se sentó en la arena mientras miraba perdidamente al mar.

Me incorporé a su lado. No por sentir compasión hacia él, había algo más. Curiosidad. Quería saber más sobre Tyler y su amor por Nicole. Lo que de verdad había sucedido y el motivo para que sea frío con los demás.

—Nos unimos tanto que parecíamos almas gemelas. Ella estaba un poco triste, pensaba que Tyler se había olvidado de ella, apenas se comunicaban y eso la hacía sufrir como no creerías. Verla así me partía el alma. Odié mucho a Tyler. Lo maldije cada noche donde Nicole venía a mis brazos a llorar por culpa de su ausencia. Ella era miserable sin mi hermano y yo me sentía peor porque no se daba cuenta que me tenía a mí. Entonces pasaron los meses, que se hicieron años y sin más él regresó y le pidió matrimonio. Ella no podía creerlo, lloró cuando se lo propuso en una cena familiar. Todos aplaudieron y de pronto Nicole pareció haber olvidado todos aquellos días de sufrimiento y aquellas noches donde me confesaba que no aguantaba más, que dejaría a Tyler pero no tuvo el valor. La imbécil de verdad estaba tan enamorada que nunca se dio cuenta de que yo también la quería, que la necesitaba y por mucho que me pareciera a mi hermano jamás podría ser como él. Por eso es que lo odio tanto.

—Lo siento, Connor.

—No tienes porqué sentirlo. No me tengas lástima, Candace. Porque yo no soy mejor que Tyler —se giró con suavidad. Tomó mi rostro y lo acercó para besarme con fuerza.

Trato de luchar, me muevo para soltarme.

—Suelta —grito. Y lo empujo como puedo. Pero se niega a escucharme, enneguecido por su odio con Tyler se coloca sobre mí..

Me pellizca la carne entre mis muslo y grito. Le imploro que se detenga, tengo miedo, el pánico me hace gritar pero no hay nadie que me pueda ayudar en estos momentos.

—Cierra la boca —grita y me golpea en el mismo con más fuerzas.

Siento el sabor de mi carne, mi labio hinchado y adormecido por el dolor.

—Te pareces a Nicole esta noche. Ella también me pidió que parara pero no lo hice, Candace y no lo voy hacer contigo.

El sonido de la tela desgarrarse tensa mi mandíbula. Siento asco, las arcadas aumentan a medida que sigo siendo malograda con sus caricias e

ignorada cuando pido que se detenga; ni mis gritos, ni mis lágrimas parecen conmoverlo porque ahora mismo muestra un lado oscuro y perverso..

Se baja los pantalones y me separa las piernas aunque lucho por mantenerlas cerradas. En un mal movimiento le doy con mi tacón en el rostro. Me suelta y corro mientras imploro por ayuda pero caigo de nuevo sintiendo su peso en mi espalda.

—Quédate tranquila, no me hagas poner agresivo contigo, Candace.

Me hala mi cabello hacia atrás. Su respiración golpea mi cuello y siento el tacto de su mano corriéndome la falda del vestido hasta dejarme desnuda.

—Basta. Por favor, Connor.

De pronto su peso se quita sorpresivamente de mí.

Escucho un grito. Parece chillar y cuando me volteo veo a Tyler luchando contra su hermano.

CAPITULO 19

TYLER

Los vi llegar a la fiesta agarrados de la mano. Nunca antes había visto a Candace tan hermosa con aquel vestido y sentí un ataque de celos terrible que me envolvía como una neblina espesa. Sentí la tentación de llegar hacia ellos y partirle la cara a Connor. En ese momento vino a mi mente ese recuerdo, Candace y Connor juntos en aquel pasillo oscuro.

Ver esa imagen de pareja feliz que hacían en la recepción y en la pasarela me repugnaba. Odio la falsa mentira que ambos se han creado para molestarme. Connor está jugando muy bien sus cartas y me ha conseguido separar de Candace y ahora no deja de estregarme su logro en mi cara.

—¿Por qué no vas hablar con ella? —me pregunta la Madame.

Sin duda mi abuela tiene mucho que ver también con esto. He reconocido su sello en ese vestido que parece ser confeccionado sólo para que Candace supiera vestirlo de esa manera esplendorosa y atrevida. Creo que ni ella misma se da cuenta del impacto que causa en la fiesta.

—Ella ya tomó su decisión.

—En eso tienes razón. Te eligió a ti.

—Pues yo veo en estos momentos otra cosa, abuela.

—Vas a perderla si no dejas ese orgullo tuyo a un lado.

Niego con la cabeza. Lo que ella no sabe es que ya lo he dejado y que le supliqué por su perdón y luego ella decidió burlarse con Connor.

Parece que todo lo que toca lo desmorona. Primero Nicole y ahora... Irá por Candace.

Le pregunto a los demás sobre ellos pero nadie sabe darme respuestas

hasta que recibo un mensaje del mismo Connor.

“Si la quieres ven por ella”.

“¿Dónde están? Si le haces algo, te mato.

“En el mar”.

Mi corazón se detiene. Siento la sangre que golpea mi cabeza con gran fuerza.

—¿Pasa algo? —me pregunta mamá.

—Sí. Voy a matar a tu hijo.

—¿Qué dices? —me sigue al auto y se sienta.

—Mejor vete, mamá. No quiero que vengas en estos momentos.

—Voy a ir. Quiero saber qué les pasa a ustedes dos. ¿Por qué se odian tanto?

—Mierda —enciendo el motor y arranco—. ¿En realidad quieres saberlo?

—Sí, Tyler. ¿Qué es lo que les pasa?

—Él me culpa del suicidio de Nicole, mamá. Al parecer Connor la amaba. Comenzó a sentir algo por ella cuando estuve dos años fuera y no le gustó que ella aceptara casarse conmigo. Además tres semanas antes de casarnos recibí un mensaje de Nicole. Ella quería hablar conmigo. Fui a su departamento y me encontré a ambos en la cama. Ella parecía sollozar. Yo supuse que era porque la había pillado con mi hermano en la cama... pero no. No fue así. Él me lo confesó días después de su entierro. Connor abuso de ella y yo no le creí. La hice sentir como una zorra cuando el culpable era ese imbécil. ¿Lo entiendes?

Recuerdo los gritos de Nicole. Las veces que iba a la oficina hablar conmigo pero yo me negaba. No quería escuchar excusas que pudieran convencerme de perdonarla cuando yo creía que era culpable de todo.

Mi madre no dice nada. Apenas puede creer lo que digo. En unos minutos llego a la playa. Observo el auto aparcado y solo.

—Quédate aquí —le advierto a mamá, pero los gritos de Candace me hacen correr a toda prisa. No tengo tiempo para pensar.

Dejo que sus gritos me guíen y los veo a los dos. Ella pelea, huye, él la

agarra y le hace daño. Entonces llego y le doy en la cara. Quiero matarlo.

—Te dije que si la tocabas te mato.

—Si antes no lo hago yo a ti. Caemos y rodamos por la arena pero yo logro dominarlo y desato mi furia contra él.

Esta vez siento que nadie me va a detener pero los gritos de mi madre y de Candace lo hacen.

Al soltarlo me doy cuenta de donde estoy. Veo la espuma del mar fundiéndose con la arena, la oscuridad, a Candace temblando del miedo. Mi instinto es ir hacia ella, abrazarla. Sus manos me hacen daño cuando me acerco pero al rodearla con mis brazos se deja llevar y llora como un cervatillo asustado.

CAPÍTULO 20

CANDACE

Sus manos acarician mi rostro. Me siento segura a su lado, por eso me dejo envolver en sus brazos mientras estamos en su cama. Él en su almohada y yo con la cabeza en su pecho escuchando los latidos de su corazón.

Sus labios besan mi cabello y mi frente.

Son tantas cosas que procesar. Connor, su confesión, sus manos contra mi cuerpo, Tyler enloquecido... todo pasó en un instante y sin embargo se siente como un rato eterno que no parece no tener final.

Ver a Elizabeth llorando cuando a Connor se lo llevó la policía fue lo más triste de la noche.

—Gracias, Tyler. No sé qué hubiera pasado si no llegas.

—No tienes que agradecermelo; si tan solo no los hubiera perdido de vista esto jamás hubiera pasado. Por mi culpa tú pasaste por ese momento.

—Pero llegaste y me salvaste.

—Aún así te hizo daño. Incluso a mamá y a la abuela.

—Él me contó lo sucedido —confieso y escucho como la saliva se traba en su garganta.

—Lo de Nicole. Yo la amaba, Candace. Sé que no fui el novio perfecto pero la amaba demasiado y lo comprendí cuando estuve afuera tanto tiempo. Por eso decidí casarme y tener una familia pero luego pasó lo de ella y Connor. Yo la maldije, la odié pensando que me había fallado y resulta que ella... él la hirió y yo terminé de destruirla.

—No digas eso —me suelto para abrazarlo, su brazo me rodea a la cintura y me estrecho con él.

—Sí. Yo fui de lo peor. Ella fue a mi casa, a la oficina, intentó explicarme, incluso me dijo que esperaba un hijo, que era nuestro pero yo solo la eché de mi vida, le grité que era una mentirosa, una reglada. Luego ella se suicidó. Se quitó la vida y lo peor de todo era que decía la verdad. Esperaba un hijo de nosotros, un niño que nunca tuvo una oportunidad de nacer.

—Tyler, no eres el culpable. Connor manipuló las cosas a su antojo. Me hizo creer que eras de lo peor, que fue por tu culpa y resulta que fue al contrario.

—Te dije cosas de las que ahora me arrepiento.

—Yo también hice cosas de las que no estoy orgullosa. Supongo que estamos a mano —le miro con una sonrisa y veo como me la devuelve.

—No sé qué haría sin ti, Candace.

—Yo tampoco.

—Te amo tanto que quiero casarme contigo.

—¿Qué?

Intento ver si no está bromeando, pero Tyler nunca bromea, ni siquiera creo que pueda hacerlo.

—Lo digo en serio ¿te casarías conmigo?

Muerdo mi labio. No tengo dudas, lo amo. Quiero pasar el resto de mi vida con él pero hay algo que me deja indecisa.

—No tienes que responder ahorita.

—No es eso. Es que... es extraño, Tyler. Nunca pensé que me pidieras algo como eso. Yo... tengo muchas cosas conmigo.

—¿De qué podrías tener miedo? —se tumba a mi lado y me atrae colocándose encima de él procurando atraparme con sus brazos.

—¿Lo dices por tu hermana?

—En parte. Ella es mi prioridad o lo es hasta que pueda verla graduada y también esta Peter. Y ni decir que quiero hacer cosas. Quiero terminar mi tesis hay cosas que quiero hacer.

—Scarlet me cae muy bien. Incluso ella puede vivir con nosotros una vez

que nos casemos y Peter, bueno... no pidas que lo tolere, es un idiota y además, no impediré que puedas hacer tus cosas.

Sonrío. Tiene razón sobre Peter es algo idiota y por él no te puedo pedir más.

—¿Entonces? ¿Qué dices? ¿Aceptarías casarte conmigo?

—Claro, Tyler. Acepto casarme contigo.

No me deja terminar porque sus labios se posan con los míos suavemente.

Recibe Una Novela Romántica Gratis

Si quieres recibir una novela romántica gratis por nuestra cuenta, visita:

<http://www.librosnovelasromanticas.com/gratis>

Registra ahí tu correo electrónico y te la enviaremos cuanto antes.

Otros Libros Recomendados de Nuestra Producción:

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. Saga No. 1

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. (La Propuesta) Saga No. 2

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. (Juego Inesperado) Saga No. 3

Autora: Mercedes Franco

Rehén De Un Otoño Intenso. Saga No. 1

Autora: Mercedes Franco

Rehén De Un Otoño Intenso. Saga No. 2

Autora: Mercedes Franco

Rehén De Un Otoño Intenso. Saga No. 3

Autora: Mercedes Franco

El Secreto Oscuro de la Carta (Intrigas Inesperadas) Autor: Ariel Omer

Placeres, Pecados y Secretos De Un Amor Tántrico Autora: Isabel Danon

Atracción Inesperada

Autora: Teresa Castillo Mendoza

Una Herejía Contigo. Más Allá De La Lujuria.

Autor: Ariel Omer

Contigo Aunque No Deba. Adicción a Primera Vista Autora: Teresa Castillo Mendoza

Juntos ¿Para Siempre?

Autora: Isabel Danon

Pasiones Peligrosas.

Autora: Isabel Guirado

Mentiras Adictivas. Una Historia Llena De Engaños Ardientes Autora: Isabel Guirado

Las Intrigas de la Fama Autora: Mercedes Franco